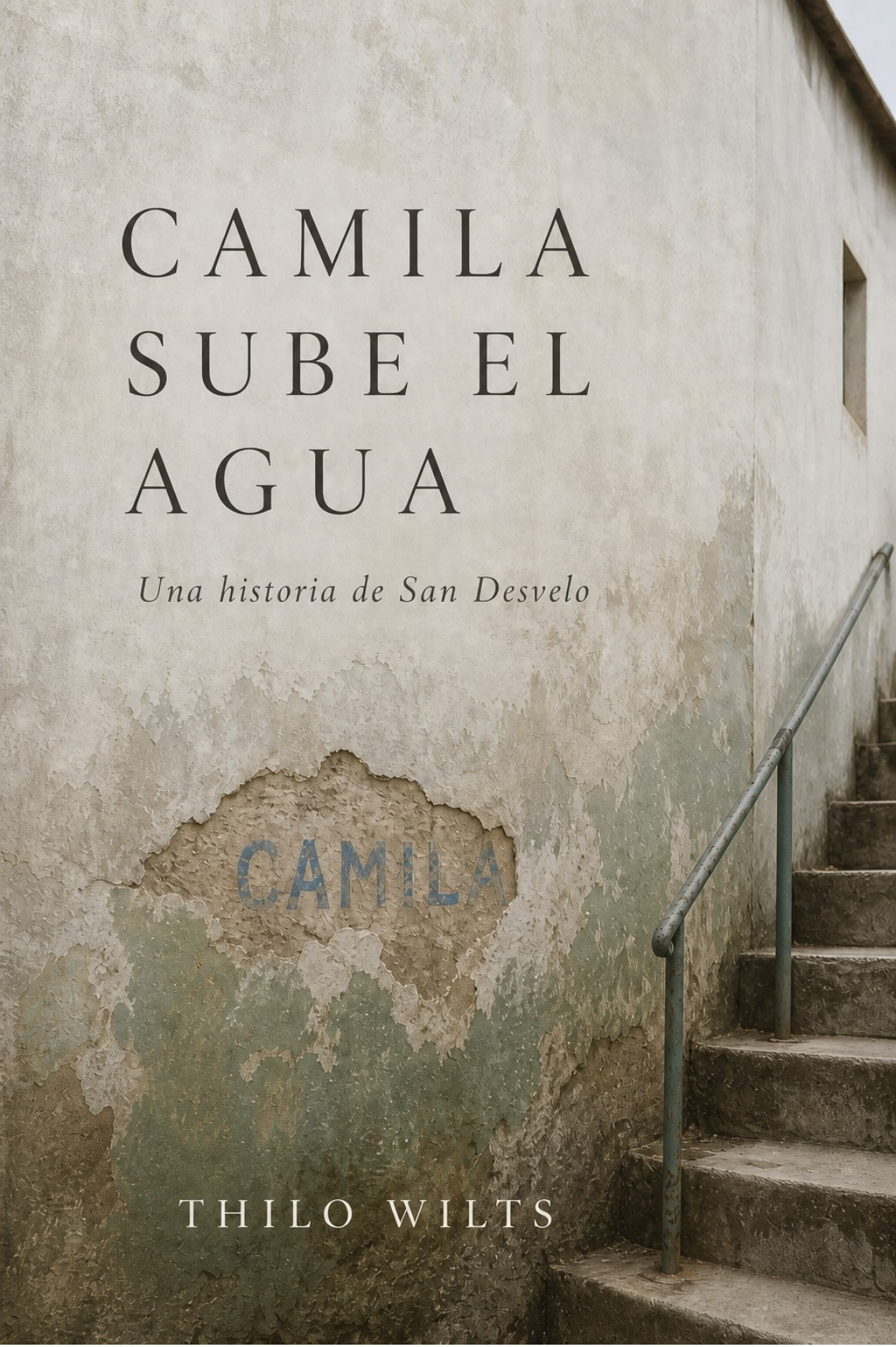
CAMILA SUBE EL AGUA

Una historia de San Desvelo



THILO WILTS

Copyright © 2026 Thilo Wilts
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los personajes y los hechos son imaginarios. Cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia.

Edición de texto. Se conservan siete posiciones de ilustración con pies provisionales.

CONTENIDO

Prólogo — La mancha de humedad
Capítulo 1 — La casa en el cerro
Capítulo 2 — Bajo tres capas
Capítulo 3 — Camila dentro de la frase
Capítulo 4 — La otra Camila
Capítulo 5 — Lo que recuerda la gente
Capítulo 6 — La ventana de agua
Capítulo 7 — Cuando falte
Capítulo 8 — Los últimos escalones
Capítulo 9 — Ninguna señal
Capítulo 10 — Lo que guardó la pared
Epílogo — Solo el nombre

PRÓLOGO

La mancha de humedad

•

Camila despertó porque el goteo había perdido el ritmo.

Venía del descanso frente a la cocina: tres gotas rápidas, una pausa y luego una que golpeaba el piso en lugar del balde que tenían ahí para la tubería. La casa producía tantos ruidos pequeños que ella solía dormir sin oírlos. La bomba del techo hacía clic antes de arrancar. Una plancha de metal suelta se movía con el viento. Joaquín a veces pateaba la pared mientras dormía. Este ruido era nuevo porque no dejaba de caer en un lugar distinto.

Buscó el celular. Eran las 12:43. La pantalla iluminó una esquina del cuarto, la mochila sobre la silla y la polera que había pensado doblar. La garúa dejaba una humedad pálida contra la ventana. No era lluvia. En San Desvelo uno podía despertar con el concreto mojado y aun así tener que guardar cada balde de agua.

Camila se puso las sandalias y abrió la puerta.

El descanso quedaba entre la cocina y la escalera que subía a los cuartos de arriba. Una de las paredes había estado antes a la intemperie, decía la abuela Elena, aunque Elena también decía que el cambio se había hecho en 1991, en 1993 o el año en que se casó un primo. La casa recordaba sus ampliaciones con más claridad que ella. Los ladrillos antiguos se encontraban con otros más recientes. Una franja de tarrajeo liso terminaba sobre cemento gris y áspero. Las tuberías cruzaban esquinas que no habían existido cuando construyeron los primeros cuartos.

Debajo del codo de PVC brillaba agua.

Camila movió el balde seis centímetros hacia la izquierda. La siguiente gota cayó sobre el plástico.

Observó la unión. En el borde inferior se formó una gota oscura, creció y cayó. Era una fuga pequeña. Molesta, no peligrosa. Su madre llamaría a Hernán por la mañana y empezaría por decirle cuántas gotas caían por minuto, porque Maribel confiaba más en un problema cuando podía contarlo.

Camila trajo un trapo de la cocina. Al secar el piso, un rizo de pintura clara se desprendió bajo sus dedos. Había otro junto al zócalo. Acercó el celular.

La mancha de humedad era más ancha que la tubería. La pintura se había levantado con una forma parecida a una costa. Debajo de la capa color crema había un verde más antiguo; y debajo del verde, donde se había soltado un pedazo de tarrajeo, algo azul cruzaba la superficie gris.

Lo tocó con la punta de un dedo. Nada se movió.

Al principio pensó que era una marca de medida. La casa tenía muchas: rayas de lápiz junto a los marcos de las puertas, un número escrito con carbón detrás del balón de gas, una línea roja en la pared del techo que indicaba la altura de un tanque anterior. Entonces vio la curva de una C.

Camila inclinó el celular.

Las letras eran irregulares, pero intencionales. El pigmento azul había penetrado en el tarrajeo antiguo.

CAMILA.

No llamó a nadie. Joaquín había escrito su nombre en un táper, en dos cuadernos y una vez dentro de su ropero porque quería ver cuánto demoraba ella en darse cuenta. Solo negaba lo del ropero.

Fue a su cuarto y prendió la luz.

Joaquín hundió la cara en la almohada.

—¿Qué?

—¿Tú escribiste en el descanso?

—No.

—Mírame.

Abrió un ojo.

—Estoy durmiendo.

—Con pintura azul.

—No tenemos pintura azul.

Era verdad. El último balde abierto en la casa contenía pintura blanca, comprada para el cuarto de arriba y todavía al lado de una pila de mayólicas.

—Podrías haber usado un plumón.

—Entonces parecería plumón.

Camila lo dejó con la luz prendida y regresó al descanso.

Tomó dos fotos: una de cerca y otra lo bastante amplia para incluir el codo que goteaba. En la segunda, el nombre parecía más pequeño y más antiguo. Una palabra escrita para cualquiera podía volverse parte de una pared si pasaba suficiente tiempo encima.

Puso el trapo debajo del balde y presionó el borde suelto sin más fuerza de la necesaria. Cayó al piso un fragmento del tamaño de una uña.

Camila se agachó con el celular en la mano. Detrás de ella, arrancó la refrigeradora en la cocina. Encima, el tanque del techo dio un golpe corto y hueco cuando cambió la presión en una tubería.

La gota cayó dentro del balde.

Camila siguió agachada hasta que cayó la siguiente. Colocó los fragmentos en el alféizar en el orden en que los había encontrado, aunque solo eran tres y ninguno tenía más que un borde azul. Después bajó la luz del celular. El nombre quedó en la sombra. Debajo, la luz alcanzó el inicio de otra palabra.

SUBE.

CAPÍTULO 1

La casa en el cerro

A las siete, Maribel ya había contado el daño visible, fotografiado la tubería desde tres ángulos y enviado a Hernán Paredes un mensaje en el que repetía dos veces las palabras *fuga pequeña*.

—Si lo dices dos veces, no se vuelve más pequeña —dijo Camila.

Maribel puso la tetera sobre la cocina.

—Así evito que venga con dos hombres y un martillo demoledor.

—No tiene martillo demoledor.

—Entonces ya funcionó.

Joaquín se rio sobre el pan. Había dicho la verdad sobre la pintura: Camila le había revisado las manos, los útiles del colegio y el cajón donde guardaba las cosas que no debía usar. Ahora consideraba la revisión una prueba de su inocencia, no una ofensa.

Elena estaba sentada junto a la ventana con una taza de anís. Había mirado las letras sin tocarlas. Primero dijo que la pared había sido verde antes de que Óscar y Maribel se casaran. Después dijo que el verde había venido más tarde. Ninguna de las dos afirmaciones parecía preocuparla.

—Ese lado daba afuera —dijo ahora.

—¿Cuándo? —preguntó Maribel.

—Antes de que la escalera tuviera techo.

—¿En qué año?

Elena sopló la taza.

—El techo no preguntó el año.

La casa quedaba sesenta y tres escalones visibles por encima del último pasaje al que podía llegar un mototaxi. Camila los había contado a los nueve años, después de que Joaquín aseguró que eran cien. El número solo cambiaba cuando alguien dejaba un saco de cemento en un descanso o construía una rampa sobre dos escalones; el esfuerzo, en cambio, dependía de lo que uno llevara.

La casa no tenía una sola fachada. La puerta más antigua daba al pasaje inferior y ahora se usaba sobre todo para meter sacos, herramientas y el balón de gas. La entrada de la cocina daba al descanso techado. Encima había dos cuartos más nuevos, a los que se llegaba por una escalera que giraba alrededor de la pared donde había aparecido el nombre de Camila. Más allá, un último tramo descubierto llevaba al tanque del techo. Desde abajo, las

ampliaciones parecían apiladas. Por dentro, se sentían como una serie de decisiones: una puerta conservada cuando se movió una pared, una ventana tapiada hasta la mitad porque otro cuarto necesitaba apoyo, un desagüe desviado alrededor de una columna en vez de atravesarla.

Camila sabía qué borde de concreto atrapaba los dedos descalzos y qué plancha del techo se levantaba cuando el viento venía del mar. Sabía que debía esperar en el descanso pequeño cuando alguien bajaba con un balón de gas, porque ahí no podían pasar dos personas con seguridad. Sabía que, después de encenderse la bomba, el caño del techo demoraba seis segundos más en soltar agua limpia. Nada de eso le parecía conocimiento especializado. Era solo la forma de su casa.

Esa mañana Camila cargó una bolsa con cebollas, pan, dos cuadernos y un paquete de detergente. Antes de que apareciera el nombre, nadie la habría mirado.

El pasaje inferior seguía resbaloso por la garúa. Un mototaxi descargaba un balón de gas, y el chofer miró el primer tramo como si el cerro le hubiera aumentado el peso a propósito. Una mujer pasó junto a Camila bajando, con varias bolsas vacías metidas una dentro de otra bajo el brazo. Dos chicos con chompas de colegio saltaron los últimos tres escalones y cayeron junto a un muro de contención agrietado.

Por encima de los techos, el Cerro Dormido era apenas un gris más oscuro dentro de la neblina. Hacia el oeste, Centro aparecía en fragmentos: la parte alta de la Municipalidad, los techos del mercado, algunas ventanas húmedas que recogían la luz de la mañana. El Pacífico era una ausencia pálida más allá.

En el escalón cuarenta, Camila cambió la bolsa de la mano derecha a la izquierda. Las cebollas se movieron. El paquete de detergente se le clavó en la muñeca. Era un peso común. No necesitaba una frase.

Cuando llegó a la casa, Maribel estaba en el descanso con el celular.

—Dame eso.

—No pesa.

—Ya veo.

Maribel tomó la bolsa de todos modos. Antes de llevarla a la cocina, sus ojos se desviaron hacia las letras azules.

Camila notó el movimiento y deseó no haberlo hecho.

Hernán llegó a las ocho y veinte con una bolsa de lona para herramientas y un rollo de cinta selladora blanca. Era un hombre delgado, con canas y dos uñas siempre blanquecinas de yeso. Primero revisó el codo de PVC.

—Forzaron la unión cuando instalaron la tubería de arriba —dijo—. No ayer. Hace tiempo. Recién ahora decidió quejarse.

—¿Puedes cambiarla sin abrir la pared? —preguntó Maribel.

—La tubería está fuera de la pared.

—Sin abrir más la pared.

Hernán miró el tarrajeo dañado.

—Voy a retirar lo que ya está suelto. Si lo dejo, se va a retirar solo.

Cerró la llave pequeña debajo de la línea del techo y abrió un caño para liberar presión. La casa respondió con un temblor en la tubería. Joaquín se inclinó sobre la baranda del descanso.

—¿Va a salir el nombre completo?

—Un nombre no forma parte de la reparación —dijo Hernán.

—Pero ¿va a salir?

—Si el tarrajeo está suelto.

Camila estaba en la puerta de la cocina.

—Pareces esperanzado.

—Quiero saber qué dice.

—Dice mi nombre y «sube».

—*Sube* puede querer decir que alguien lleve algo arriba.

—Puede querer decir muchas cosas si falta la mitad de la pared.

Joaquín lo pensó y asintió como si ella le hubiera dado la razón.

Hernán reemplazó el codo y dejó correr agua por la línea. Se formó una gota una vez y luego se detuvo. Secó la unión con un trapo y esperó. Maribel esperó con él. El segundo minuto pareció más largo porque ella miraba el celular.

—La tubería está arreglada —dijo.

—¿Y la pared?

—La pared es más antigua.

Extendió plástico sobre el descanso y golpeó alrededor de la mancha con el mango de una espátula pequeña. Casi todas las zonas respondieron con un sonido compacto y plano. Cerca de las letras, el sonido cambió.

Hernán marcó el límite con lápiz.

—Pintura crema. Acabado delgado. Abajo, pintura verde. Después, una capa más antigua. La escritura está debajo de por lo menos todo eso.

—¿Qué tan antigua? —preguntó Joaquín.

—Más antigua que las capas de encima.

—¿Cuántos años?

—El tarrajeo no viene con partida de nacimiento.

Elena se había acercado a la puerta.

—El verde era de antes de ampliar la cocina.

—¿Estás segura? —preguntó Maribel.

Elena miró la pared y luego los muebles.

—No. El verde estaba afuera. Ampliamos la cocina después de que Óscar volvió de Chimbote. O antes de que se fuera.

Óscar llamó durante su descanso. Su imagen se congeló dos veces en el celular de Maribel: una con la boca abierta y otra mientras miraba hacia un lado. Ese mes trabajaba fuera de San Desvelo y esperaba volver en unos días.
—Muéstrame la unión —dijo.

Maribel le mostró el codo reparado.
—Más cerca.
—Si me acerco más, solo vas a ver plástico.
—Eso es lo que necesito ver.

Cuando quedó satisfecho, Joaquín metió la cara junto al teléfono y anunció que había un mensaje en la pared.
—Hay un nombre —lo corrigió Camila.
—Y «sube».

Óscar pidió verlo. Maribel giró el celular.
—Una nota doméstica antigua —dijo al cabo de un momento—. O una medida.
—Mi nombre no es una medida —dijo Camila.
—A menos que los albañiles hayan sido muy malos.

Su sonrisa apareció como una fila rota de píxeles. Ayudó durante menos de un segundo.

Hernán volvió después del almuerzo para revisar si la humedad seguía avanzando. No había avanzado. Presionó con el pulgar seco el límite de lápiz y examinó el polvo que se le quedó pegado.
—Mañana —dijo—. Tiene que secar. Después retiro solo lo que esté suelto.

Maribel quiso dejar libre el descanso. Llevó el trapeador, el bidón vacío y una canasta con trapos de limpieza a la cocina. Camila la vio crear una distancia segura alrededor de algo que llevaba años dentro de la pared.

Más temprano, en el colegio, el nombre había seguido siendo solo una foto en el celular de Camila. No se la había mostrado a nadie. Durante Matemática había abierto la imagen una vez debajo de la carpeta y ampliado hasta que el pigmento azul se convirtió en granos separados. La C cruzaba una fisura delgada. La A desaparecía bajo la pintura crema. Nada parecía reciente.

La clase era sobre proporciones. La profesora dibujó dos tanques en la pizarra y preguntó cuánto demoraría en llenarse el más pequeño si el caudal era constante. Tres alumnos protestaron que los tanques de sus casas nunca se llenaban con caudal constante. La profesora estuvo de acuerdo y dijo que el ejercicio tenía mejores tuberías que San Desvelo.

Camila copió el cálculo. En su casa, el caudal cambiaba según la presión del pasaje inferior, la posición del flotador y si un vecino abría una línea más abajo. El agua no se movía porque una frase se lo ordenara. Se movía porque la altura, la electricidad, las válvulas y las personas la empujaban por un sistema que nunca era tan limpio como el dibujo.

Lucía se inclinó desde la carpeta de al lado.
—¿Qué estás mirando?
—Una grieta.
—¿En el celular?
Camila bloqueó la pantalla.
—En una pared.
—¿En tu casa?
—Todas las casas tienen grietas.

La profesora le pidió a Lucía que volviera a sus proporciones. Camila subrayó dos veces el resultado y dejó el celular boca abajo el resto del día.

De regreso, un camión de reparto bloqueaba el pasaje inferior. Camila y otras tres personas pasaron de lado entre el espejo y una pared. Alguien gritó desde arriba pidiendo una bolsa de arroz. Un hombre cargaba una caja de mayólicas contra el pecho y descansaba cada diez escalones. El cerro aceptaba las cosas solo después de que alguien las levantara.

En la casa, la tubería estaba seca. Maribel había pegado una hoja junto a la zona dañada, con la hora de la reparación y una línea de lápiz alrededor del borde húmedo. Joaquín no había añadido ningún dibujo, aunque la esquina inferior en blanco lo tentaba de manera visible.
—No lo toques —dijo Maribel.
—Estoy leyendo.
—Ya conoces tu nombre.
Camila miró las letras expuestas.
—Al parecer, la casa también.

Maribel no se rio. Eso hizo que la observación sonara más seria de lo que Camila había querido.

Durante la cena, Elena recordó que una familia se había quedado en el cuarto delantero antes de la ampliación. O quizá una madre y dos hijas. Una de las hijas tenía un nombre que comenzaba con C.
—¿Claudia? —preguntó Joaquín.
—Tal vez.
—¿Camila?
Elena frunció el ceño.
—Si tú pones los nombres, ya no necesitas mi memoria.

Más tarde, Camila llevó una pila de platos limpios desde la cocina hasta el cuarto de arriba, donde comían cuando Óscar estaba en casa. Maribel estiró las manos en el primer escalón.
—Son platos.
—Ya sé.
—Entonces, ¿por qué?
Maribel bajó las manos.
—Por nada.

Camila siguió subiendo. Los platos no pesaban, pero los sostuvo con más fuerza.

Hernán volvió al anochecer para revisar la unión. Antes de irse, golpeó la pared por última vez. La tubería reparada permaneció en silencio. A lo largo de la tercera franja de pintura antigua, una zona estrecha respondió con un sonido hueco bajo sus nudillos.

CAPÍTULO 2

Bajo tres capas

Hernán comenzó por el borde que ya se había separado.

No usó martillo. Deslizó una espátula plana por debajo del acabado crema y levantó un pedazo no más ancho que dos dedos. Debajo apareció el verde, desteñido cerca de la fuga y más oscuro hacia la escalera. Numeró el fragmento con lápiz y lo dejó sobre el plástico.

—¿Por qué numeras basura? —preguntó Joaquín.

—Para que tu mamá decida qué basura quiere guardar.

Maribel cruzó los brazos.

—Lo va a decidir tu cuenta.

Hernán sonrió sin levantar la vista.

Camila observaba desde la puerta de la cocina. El descanso era demasiado pequeño para cuatro personas, pero nadie quería irse. Elena estaba en una silla dentro de la cocina, desde donde podía mirar entre ellos. La luz de la mañana entraba débil por la escalera. Hernán había traído una lámpara de trabajo, pero la colocó de lado para que las grietas y los bordes levantados proyectaran sombra.

Debajo del verde había una capa aguada azul grisácea. Más abajo estaba el tarrajeo antiguo que sostenía las letras. La escritura no había quedado cubierta en una sola remodelación. Había desaparecido por etapas.

Primero apareció la palabra después de SUBE.

EL.

Después, AGUA.

Joaquín leyó cada parte en voz alta hasta que Camila le dijo que la pared no era sorda.

A la izquierda de la frase había rayas cortas y números: 8, 12, 4.50. Más abajo, donde se había perdido una parte del borde, alguien había escrito *arroz* y un precio. Una línea vertical cruzaba el tarrajeo a la altura del hombro de Hernán.

—¿Compras? —preguntó Maribel.

—Quizá cantidades —dijo Hernán—. Quizá una deuda. Quizá medidas de la ampliación.

—¿Y la frase?

—Una frase.

—Eso no es una explicación.

—Es lo que me da la pared.

Amplió la zona expuesta otro palmo. Donde el tarrajeo ofrecía resistencia, se detuvo. Al mediodía quedó visible la línea completa, azul e irregular bajo los acabados posteriores:

CAMILA SUBE EL AGUA CUANDO FALTE

Camila la leyó en silencio.

El sentido más sencillo era una instrucción: Camila, sube el agua cuando falte. La ausencia de puntuación no importaba. La gente escribía las notas de la casa como hablaba, y las paredes no corregían gramática.

—¿Cuando falte qué? —preguntó Joaquín.

—El agua —dijo Maribel.

—Entonces, ¿cómo la va a subir?

—Cuando cortan el servicio —dijo Camila—. Desde el depósito de abajo.

—O sea, sabía de la bomba.

—En esa época no había bomba —dijo Elena.

Todos la miraron.

Ella se movió en la silla.

—No esta bomba.

Hernán se agachó junto al borde inferior y señaló con el extremo de madera de la brocha.

—Esta superficie estuvo a la intemperie antes de que la taparan. ¿Ven esos poros finos? Estuvo afuera o abierta al aire de afuera. Después le pusieron otra capa, luego pintura y luego el acabado. El soporte de la tubería también corta una de las capas posteriores.

—¿Antes de 1993? —preguntó Maribel.

—Si ese fue el año en que la pared quedó adentro.

—Lo fue —dijo Elena y, después de una pausa—: Más o menos.

—¿Antes de que naciera Camila? —preguntó Joaquín.

Hernán lo miró.

—A menos que tu hermana sea mayor que la cocina.

Joaquín sonrió. Camila no. El chiste les dio a todos la certeza que esperaban: ella no podía haberlo escrito. Tener certeza sobre un hecho hacía que todo lo demás pareciera más cercano, aunque no lo estuviera.

Maribel pidió que Hernán dejara la escritura expuesta hasta decidir si alguien debía fotografiarla bien. Llamó a Óscar y después a una persona de Centro que conocía a alguien que documentaba construcciones antiguas. Elena fue a su cuarto y volvió con un sobre de fotos, casi todas demasiado recientes para mostrar la pared cuando todavía daba al exterior.

Joaquín tomó su propia foto mientras los adultos miraban hacia otro lado.

Camila vio el celular por encima de su hombro.

—Bórrala.

—Tú no sales.
—No dije eso.
—Es nuestra pared.
—Es mi nombre.

Maribel extendió la mano. Joaquín le entregó el celular. La imagen mostraba la inscripción, la escala de Hernán y parte de la sandalia de Camila en un borde.
—No la mandes —dijo Maribel.
—No la he mandado.
—Tampoco la muestres.
—¿Cuál es la diferencia?
—La distancia.

Le devolvió el teléfono. Joaquín se lo guardó en el bolsillo con un cuidado exagerado.

Elena extendió las fotos antiguas sobre la mesa. En una, el núcleo de la casa aparecía bajo un cielo claro: ladrillos sin tarrajear alrededor de una sola pared con acabado. A su lado subía una escalera angosta y descubierta. La fecha estaba impresa en blanco en el borde inferior, pero un dígito se había corrido sobre el siguiente.
—Eso fue antes del cuarto de arriba —dijo Elena.
—¿Quién vivía acá? —preguntó Maribel.
—Nosotros.
—¿Quién más?

Elena nombró a un primo, corrigió el apellido y luego mencionó a una mujer que había alquilado el cuarto delantero durante varios meses. Tenía hijas. O sobrinas. Una se llamaba Carmela.
—Camila —dijo Joaquín.
—Dije Carmela.
—Ayer dijiste C.
—Los dos nombres empiezan con C. Eso no es memoria. Es el alfabeto.

Elena tomó la foto más antigua y la inclinó hacia la luz. El papel se había vuelto plateado en los bordes oscuros. Había una batea de plástico junto a la pared exterior y, encima, un tramo de tubería que terminaba sin caño.
—Llenábamos ahí cuando había presión —dijo—. Si no había, alguien bajaba hasta la conexión de abajo.
—¿Qué tan lejos? —preguntó Camila.
—No muy lejos cuando regresabas con las manos vacías.
—¿Y con el recipiente lleno?

Elena sonrió sin alegría.
—Más lejos.

Habló de la época anterior al tanque del techo, cuando las familias esperaban el servicio por el ruido o por el grito de alguien desde el pasaje.

Los recipientes se alineaban junto a las puertas. Los más grandes se quedaban abajo porque cargarlos llenos habría sido absurdo. El agua subía en ollas, baldes, jarras y cualquier cosa que cerrara lo bastante bien para no derramarse en la escalera.

—¿Los niños también? —preguntó Joaquín.

—Recipientes pequeños para personas pequeñas.

Maribel miró a Camila.

—Eso no significa que haya estado bien.

—Significa que pasó —dijo Elena.

La diferencia quedó sobre la mesa junto a las fotografías.

Joaquín contó los recipientes que aparecían en la imagen más antigua. Eran siete y ninguno era igual a otro. Camila comprendió que la pared había servido para escribir porque una hoja no se habría mantenido seca afuera. Un precio de mercado, una marca de altura y una instrucción podían compartir la misma superficie sin pertenecer al mismo día.

Esa posibilidad hacía que la frase fuera menos singular. Se había vuelto importante solo porque un tarrajeo posterior la conservó y una familia posterior aportó el mismo nombre.

Camila miró de Elena a la frase.

—¿Ella cargaba agua?

—Todos cargaban agua.

Fue la primera respuesta que no cambió.

Camila le pidió a Elena que le mostrara dónde había estado la conexión inferior. Fueron hasta la puerta más antigua, ahora bloqueada por cajones apilados. Por el espacio libre, Elena señaló una plataforma de concreto junto al pasaje.

—Había un caño de metal —dijo—. Con poca presión, pero más abajo que la casa. Cuando fallaba la línea superior, a veces ese todavía daba agua.

—¿Y la chica bajaba ahí?

—Alguna chica bajaba. Bajaba mucha gente.

—¿Tú viste a Camila?

Elena apoyó una mano en el marco.

—Ahora veo la fotografía cuando intento recordar. Eso no es lo mismo que haberla visto en ese momento.

Camila miró la escalera hacia abajo. Desde el antiguo caño hasta la pared que antes daba afuera, el camino era más corto que desde el pasaje de los vehículos, pero lo bastante empinado para que el peso jalara ambos hombros. La frase describía una tarea que encajaba con la casa. Todavía no encajaba con una persona.

Por la tarde, dos vecinos encontraron motivos para pasar por la puerta abierta. Yolanda Chacón trajo un recipiente que Elena no le había pedido. Un hombre de tres casas más abajo llegó a solicitar cinta selladora, aunque

Hernán se había llevado su rollo. Los dos se quedaron en el descanso el tiempo suficiente para leer.

—Carmela —dijo Yolanda de inmediato—. Alta. Con trenzas.

Elena la miró, molesta.

—El mes pasado dijiste que no recordabas quién alquilaba el cuarto.

—No recordaba hasta que vi esto.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Camila.

Yolanda la estudió.

—Tienes sus ojos.

—La acabas de recordar hace treinta segundos.

Maribel le pidió que no repitiera la historia. Yolanda aceptó con la dignidad herida de alguien a quien todavía no le habían dado tiempo de repetirla.

Al anochecer, el descanso olía a cal húmeda y a la sopa que se cocinaba. Bajo la luz común, la inscripción parecía más plana. La lámpara lateral de Hernán había dado importancia a cada relieve; sin ella, la línea azul era apenas otra cosa antigua que la casa había guardado.

Camila hacía las tareas en la mesa. Joaquín estaba frente a ella con el celular debajo de un cuaderno. Cuando vibró por cuarta vez, Camila levantó la vista.

—La mandaste.

—Solo a Renzo.

—Eso es mandarla.

—Dice que parece editada.

Maribel se dio vuelta desde la cocina.

—Joaquín.

Él puso el celular sobre la mesa. En la conversación ya aparecía la imagen reenviada de regreso, con dos caritas de risa y las palabras *tu hermana tiene instrucciones*.

Maribel leyó sin deslizar la pantalla.

—Borra la publicación.

—Mandé un mensaje.

—Bórralo donde lo mandaste.

—Renzo ya lo guardó.

La cocina quedó tan silenciosa que se oyó la tubería reparada enfriándose contra el soporte.

Maribel llamó a la madre de Renzo. Habló con la voz práctica que usaba para citas incumplidas y recibos equivocados. La imagen mostraba a una menor. Mostraba el interior de su casa. Debía ser eliminada. No mencionó tarrajeo antiguo, advertencias ni coincidencias.

La madre de Renzo sonó arrepentida y curiosa en la misma medida. Camila la oía por el teléfono: ¿Alguien había analizado la pintura? ¿A la

Camila actual le habían puesto el nombre por la anterior? ¿Elena recordaba algún accidente? Maribel contestó solo la primera pregunta, y solo con un no.

Después de la llamada, le pidió a Joaquín que abriera cada grupo donde había compartido la foto. La había enviado a un compañero y a un grupo de primos. En el primero, Renzo la había reenviado al chat del colegio. En el segundo, un primo mayor había recortado la escala de Hernán y añadido una fila de signos de interrogación.

—Borra tus copias —dijo Maribel.

—Eso no borra las de ellos.

—Muestra lo que todavía puedes controlar.

Joaquín seleccionó cada mensaje. La aplicación avisó que uno era demasiado antiguo para eliminarlo para todos.

Camila vio aparecer el pequeño aviso gris. En un día, la fotografía había viajado más lejos que la escritura antigua en varias décadas.

Mientras Maribel seguía hablando, llegaron nuevos mensajes al celular de Joaquín.

Camila volvió sola al descanso. Alguien había colocado la escala de Hernán debajo de la frase para tomar otra fotografía. La apartó.

Las palabras no habían cambiado. La pared no la miraba. No sabía que ella estaba ahí.

Camila leyó la línea por segunda vez.

Cuando se dio vuelta, su madre, su hermano, su abuela y Yolanda la estaban mirando a ella.

Pie provisional 1 · Inscripción expuesta bajo acabados posteriores. Escala al borde.

CAPÍTULO 3

Camila dentro de la frase

A la mañana siguiente, la fotografía había regresado a Camila desde seis direcciones.

Una versión tenía un círculo rojo alrededor de su nombre. Otra había sido oscurecida hasta que las letras azules parecían negras. Alguien había colocado al lado una foto de Camila subiendo los escalones inferiores y había escrito: *Ya comenzó*. La imagen tenía dos meses. Ella cargaba una bolsa de naranjas.

Maribel estaba en la cocina con el celular de Joaquín en una mano y el suyo en la otra.

—¿Quién tomó esto?

Joaquín miró la imagen.

—No sé.

—Conoces el grupo.

—Me llegó de Renzo.

—Renzo la recibió de otra persona.

—Así funcionan los reenvíos.

Camila untó mantequilla en el pan.

—Gracias, profesor.

Joaquín bajó la cabeza. El gusto por la atención le había durado menos de un día. Ahora la imagen pertenecía a personas que él no podía nombrar, y eso lo hacía parecer menor de nueve años.

Maribel llamó a la mujer que había publicado primero las dos fotos juntas. Le pidió que las retirara, esperó mientras la mujer explicaba que solo había sido una broma y repitió el pedido. Cuando la mujer dijo que todos sabían que Camila cargaba cosas por la escalera, la voz de Maribel se volvió más baja.

—Entonces todos pueden dejar de fotografiarla.

La publicación desapareció. Las capturas de pantalla no.

Camila denunció ella misma la copia que seguía en el chat del colegio. El formulario preguntaba si la imagen contenía violencia, desnudez, estafa o ventas prohibidas. Nada correspondía. Eligió *privacidad* y escribió que tenía trece años y no había autorizado la fotografía. La plataforma respondió con un mensaje automático que le agradecía por ayudar a mantener segura la comunidad. Esa frase la irritó más que el silencio.

En el colegio, dos chicos dijeron *sube el agua* cuando Camila entró al patio. No gritaron. Uno levantó un balde imaginario con las dos manos; el otro se rio y apartó la mirada apenas pasó una profesora.

En el salón, Lucía le preguntó si el mensaje había sido escrito antes de que naciera.

—Sí.

—¿Cuánto antes?

—Nadie sabe.

—Mi tía dice que la Camila antigua se ahogó.

—Todavía no existe ninguna Camila antigua.

—Mi tía la recuerda.

—Tu tía vive en Los Pinos.

Lucía consideró que era una objeción débil.

—Tiene familia acá.

Camila abrió el cuaderno.

—Todos tienen familia en algún lugar.

En la primera clase, la profesora pidió que dejaran tranquila a Camila. No repitió la frase ni permitió preguntas. Eso ayudó hasta el recreo, cuando tres alumnos que no conocían el rumor quisieron saber por qué había que dejar tranquila a Camila.

La secretaria del colegio llamó a Maribel. Al mediodía, la fotografía ya era un problema de privacidad, un problema de disciplina y, según uno de los padres, un problema de historia local. La tercera descripción era la que menos le gustaba a Camila. *Historia* sonaba lo bastante respetable como para justificar las miradas.

Tomó el camino largo de regreso y subió por un pasaje detrás de la casa de Yolanda. Un hombre al que solo conocía de vista pintaba una reja. Se detuvo con la brocha en la mano.

—Así que tú eres la chica.

—Ayer también lo era.

La brocha quedó suspendida. En la punta se reunió pintura azul.

Camila pasó a su lado sin apurarse.

En la casa, una desconocida fotografiaba todo el descanso.

Era baja, llevaba el pelo oscuro amarrado y tenía una bolsa de lona a los pies. Una carta de color descansaba contra la pared. Antes de cada toma, describía en una grabadora lo que mostraba: pared completa, línea reparada, borde orientado al noreste de la antigua superficie exterior. Cuando Camila entró, no dirigió la cámara hacia ella.

—Ella es Ana Belén Vargas —dijo Maribel—. Documenta construcciones antiguas.

—Construcciones y la manera en que se usan —dijo Ana—. Sobre todo las partes que la gente repara antes de que alguien piense en registrarlas.

Camila dejó la mochila.
—¿Quién te avisó?
—Hernán. Mandó una foto después de que tu mamá aceptara.

Ana le mostró el mensaje con la respuesta de Maribel debajo. No tenía por qué hacerlo. Precisamente por eso Camila la observó con más atención.

Ana ya había dibujado un plano sencillo del descanso. Las fechas llevaban signos de interrogación: núcleo original, inicios de los años ochenta; pared incorporada al interior, aproximadamente 1993; obra superior, quizá 2007; cambio de tubería, después de 2018. Al lado de cada fecha había una fuente: Elena, recibo de reparación, unión visible, fotografía familiar.
—Pones nombres junto a los hechos —dijo Camila.
—Junto a las declaraciones. La pared tiene su propia columna.
—¿Qué dice? —preguntó Joaquín.

Ana lo miró.
—¿Qué parte?
—El mensaje.
—Dice lo que puedes leer.
—Pero ¿qué significa?
—Esa es otra pregunta.

Joaquín pareció decepcionado, pero no ofendido. Ana fotografió el borde donde se encontraban el acabado crema, la pintura verde, la capa azul grisácea y el tarrajeo antiguo. Usó una regla pequeña, luego la retiró y repitió el encuadre sin ella.

Camila la vio examinar la línea de pigmento azul.
—¿Podría ser reciente?
—No sobre esta superficie, a menos que alguien hubiera abierto primero las capas posteriores.
—¿Alguien podría haber escrito desde el otro lado?
—Del otro lado están los ladrillos.
—¿Y si pusieron un pedazo de pared antigua que ya tenía la escritura? —preguntó Joaquín.

Ana miró el límite que Hernán había expuesto.
—Es posible en el sentido de que muchas cosas son posibles. No veo ninguna unión alrededor de una pieza separada.
—Entonces estaba aquí antes que Camila.
—La escritura quedó cubierta antes de que naciera tu hermana. Eso es lo que sostienen las capas.

Maribel escuchaba desde la cocina.
—¿Y el nombre?
—Es un nombre. Todavía no sabemos de quién.
—Había una Carmela —dijo Elena desde la silla.
—Es posible —respondió Ana.

Elena frunció el ceño.

—Ayer todos dijeron que yo no estaba segura.

—No lo estabas. Eso también sirve.

Ana le pidió que hablara de la casa antes de la ampliación de la cocina, empezando por dónde entraba la gente y dónde se guardaba el agua. No empezó por Camila ni por Carmela. Elena describió un caño inferior, un cilindro bajo techo, la escalera exterior y un cuarto alquilado a personas cuyo apellido no recordaba. Al llegar a la chica, se detuvo.

—Carmela. O Camila. Yolanda dice Camila.

—¿Qué recordabas antes de que Yolanda lo dijera? —preguntó Ana.

—Una chica con C.

Ana escribió exactamente eso.

Camila se sentó en el primer escalón.

—Si hubo otra Camila, ¿eso resuelve todo?

—Haría más sólida una explicación.

—¿Y si no hubo?

—Entonces la persona que escribió pudo referirse a otra, o quizá el nombre se recuerda mal, o tal vez no encontremos el registro.

—¿Y yo?

Ana tapó el lapicero.

—Tú no habías nacido. Un nombre antiguo no es una orden para una niña actual que por casualidad se llama igual.

Era la primera frase que alguien pronunciaba para reducir la pared en vez de agrandarla.

A las cuatro, un vecino apareció en la puerta y preguntó si Ana venía de la Municipalidad. Ana dijo que no. Preguntó si la pared estaba protegida. Ana dijo que era parte de una vivienda privada. Preguntó si era paranormal. Ana dijo que esa no era una categoría de construcción.

Camila se rio antes de poder evitarlo.

Ana volvió a mirar la pared.

—Me faltan unas fotos.

Su método tomaba tiempo. Superficie completa antes que detalle. Detalle antes que retiro. Objeto antes que historia. Le preguntó a Maribel si la familia quería cubrir la escritura después de documentarla. Maribel miró a Camila.

—Sí —dijo ella.

—Primero podemos registrarla —dijo Ana—. Cubrirla no destruye el registro si se trabaja con cuidado.

Cuando guardó la cámara, pidió permiso para fotografiar las imágenes familiares antiguas de la mesa. Excluyó cualquier foto reciente donde aparecieran Camila o Joaquín. Junto a cada imagen puso una nota que

indicaba quién había dado la fecha y si esta estaba impresa, escrita después o deducida por la construcción visible detrás de las personas.

La distinción parecía excesiva hasta que Camila recordó a la tía de Lucía, que había recordado a una chica ahogada desde un barrio donde no vivía.

Ana guardó la última imagen de la pared y leyó en voz alta el nombre del archivo para la grabadora. Después abrió la ficha de catálogo.

En identificación del objeto escribió: *Inscripción. Nombre personal sin atribuir.*

También pidió ver la fotografía original tomada antes de que Hernán retirara más tarrajeo. Camila la buscó por la hora de esa noche. El encuadre mostraba solo CAMILA y el tarrajeo quebrado debajo. Ana copió el archivo conservando los metadatos y dejó que Camila viera cómo excluía el resto de la fototeca.

—¿Por qué importa la primera foto? —preguntó Camila.

—Fija lo que era visible antes de que alguien conociera la frase completa.

—Lo recordaríamos.

—Sí. Y ahora también tenemos la imagen.

Ana la comparó con la fotografía posterior de Joaquín. Su celular había aumentado el contraste de manera automática, haciendo que el azul pareciera más oscuro. La diferencia era técnica, pero en internet ya la trataban como prueba de que las letras se volvían más fuertes.

—Los celulares mejoran cosas que nadie les pidió mejorar —dijo Camila.

—Una advertencia útil para documentar.

Ana exportó una versión neutra y conservó el original intacto. No publicó ninguna.

Antes de irse, preguntó a Camila si podía incorporar al expediente la foto del colegio como prueba de la circulación. Camila dijo que no de inmediato.

—Entonces registraré que circuló una imagen compuesta, sin conservarla —dijo Ana.

—¿Eso no deja incompleto tu expediente?

—Todos los expedientes son incompletos. Eso no me da derecho a todas las imágenes.

Cerró la laptop. En el descanso se detuvo junto al balde cubierto y fotografió una vez más el codo reparado. El objeto que había expuesto la inscripción era una unión blanca y común, apenas desviada donde encontraba una tubería gris más antigua. Parecía insuficiente para haber iniciado tanta atención.

* * *

Ana bajó los sesenta y tres escalones con la bolsa de la cámara cruzada sobre el cuerpo. En el pasaje inferior se detuvo a fotografiar el acceso sin mostrar el número de la casa ni a ningún niño. Un repartidor de gas apoyaba un

balón sobre un bloque de concreto. Dos mujeres dividían un saco de papas antes de subir con sus partes. Un mototaxi retrocedió hasta que la rueda trasera tocó el borde del desagüe y ya no pudo avanzar.

Ana cronometró la subida hasta el primer descanso sin cargar nada: tres minutos a paso normal. Después repitió solo la parte más empinada con una botella de cinco litros prestada por Maribel. No era una recreación y no se fotografió. Le dio una referencia física para la palabra *sube*. El peso era moderado; la repetición no. Una tarea podía ser normal y aun así organizar el tiempo de una familia.

La frase de la pared pertenecía a esa geografía. Eso no determinaba de quién era el nombre que la precedía.

En su espacio de trabajo en Centro, Ana copió los archivos en dos unidades y preparó una hoja de contactos. Primero aparecía la pared completa; luego, la zona dañada, el borde de las capas, la escritura y la tubería reparada. Redactó tres notas separadas:

Observado: inscripción azul sobre tarrajeo antiguo bajo, por lo menos, dos acabados posteriores.

Declarado: la pared formaba parte del exterior antes de una ampliación alrededor de 1993.

Interpretación: instrucción doméstica vinculada al traslado antiguo de agua.

Movió la foto de la inscripción fuera de una carpeta que casi había llamado *pared de Camila* y la guardó en otra titulada *casa Huamán Córdova—superficie del descanso*. La corrección era tan pequeña que nadie más la notaría. Importaba porque los nombres de archivo repetían supuestos mucho después de que las personas olvidaran haberlos hecho.

Pie provisional 2 · Pared del descanso: tarrajeo antiguo y dos capas posteriores de pintura.

CAPÍTULO 4

La otra Camila

Ana comenzó por la casa porque las casas cambiaban con más lentitud que las historias.

En su mesa de Centro puso las fotografías de Maribel en orden cronológico. La más antigua mostraba el núcleo de un solo piso y una franja de escalera exterior sin acabado. En la siguiente, una cubierta de calamina protegía parte del pasaje. En una foto de los años escolares de Óscar, la antigua pared exterior ya se había convertido en límite interior, aunque todavía no estaban los muebles de la cocina. Un recibo de ferretería de 2007 coincidía con una losa superior nueva. Una imagen de celular de 2018 mostraba la tubería antes de la instalación del codo actual.

Nada de eso fechaba con exactitud la escritura azul. Sí reducía el intervalo.

Ana dibujó cuatro perfiles de la pared, descartó tres y conservó el que separaba lo que ella veía de lo que la familia recordaba. El tarrajeo más antiguo había estado expuesto al clima. Encima se aplicó otra capa. La pintura verde quedaba debajo del acabado crema final. La pared probablemente pasó al interior alrededor de 1993, pero el año dependía de una fotografía cuya fecha de revelado se había escrito en el sobre mucho después.

Anotó: *La inscripción es anterior al cierre del espacio con un alto grado de confianza. El año exacto no está sustentado.*

Teresa la encontró en el Archivo Municipal revisando un folder de solicitudes menores de construcción que olía a polvo y fundas de plástico.

—Dijiste que era una pared doméstica.

—Sigue siendo una pared doméstica.

—Tienes tres cajas.

—Dos son de lotes vecinos.

—Eso mejora todo.

Teresa trabajaba en el complejo administrativo y sabía qué registros habían sobrevivido a los cambios de oficina. No inventaba archivos inexistentes. Para fines de los años ochenta, los registros de ocupación de El Alto eran incompletos, las matrículas escolares estaban ordenadas por año y no por domicilio, y las solicitudes de vivienda solían nombrar al propietario sin mencionar a parientes o inquilinos.

Encontraron el apellido Córdova en una solicitud de conexión de agua y en un plano dibujado a mano. No encontraron a ninguna Camila.

El plano estaba hecho sobre papel delgado y mostraba el núcleo antiguo como un rectángulo contra la pendiente. Una línea punteada señalaba escalones en el lado norte. La conexión de agua terminaba debajo de la casa en un símbolo que podía representar un caño o simplemente el final del lapicero del dibujante. Ana lo comparó con el esquema actual del descanso. La antigua pared exterior coincidía.

—¿Esto establece la fecha de construcción? —preguntó.

Teresa revisó la carátula.

—Establece que alguien presentó este plano en 1986. No establece que construyeran exactamente lo que dibujaron ni cuándo.

—Bien.

—Otra vez pareces contenta con una limitación.

—Un límite visible es mejor que una fecha falsa.

Las ventanas del archivo daban al parque. Por ellas entraban bocinas de mototaxi, vendedores que anunciaban el almuerzo y el sonido metálico de una reja del mercado al enrollarse. Ana trabajó hasta que hizo falta prender las luces. Un folder contenía recibos de cemento y calamina, pero ningún domicilio lo bastante preciso para relacionarlos con la casa. Otro guardaba una queja por baja presión en los lotes superiores. Describía a vecinos cargando agua desde un punto público inferior en 1989.

Ana copió la queja como contexto, no como prueba sobre una Camila específica.

—Si se quedó unos meses, quizá no aparezca en ningún documento de acá —dijo Teresa.

—Sí.

—Suenas satisfecha.

—Sueno poco sorprendida.

Ana fotografió las páginas pertinentes y registró los años ausentes con el mismo cuidado que los presentes.

El padrón escolar exigió tres visitas. La primera vez no estaba la persona encargada del material antiguo. La segunda, un empleado trajo el año equivocado y sugirió que Cárdenas podía figurar bajo el nombre del apoderado. En la tercera, Teresa encontró una lista de traslados doblada dentro de un libro de matrículas.

La búsqueda no se parecía a una investigación dramática. Consistía en esperar llaves, lavarse el polvo de las manos, corregir números de caja y aceptar que las oficinas habían conservado ciertas hojas porque casualmente cabían en un estante. Ana desconfiaba de los hallazgos que después parecían inevitables. La línea de Camila había sobrevivido entre dos estudiantes cuyos registros no conducían a nada pertinente. Una página rota u otra decisión de

archivo habrían dejado a la familia con la misma pared y sin ningún nombre histórico.

Entre esas visitas hizo las entrevistas. Habló con Elena en la cocina mientras Maribel trabajaba y los niños estaban en el colegio. Luego visitó a Yolanda sin contarle lo que Elena había dicho. Un tercer vecino mayor, el señor Benites, recordó a una familia de Valle Chico que había usado el cuarto delantero durante una temporada de trabajo. Recordaba a dos chicas, pero no dio ningún nombre.

Yolanda dio tres.

—Carmela, sin duda —dijo—. Aunque le decían Cami. O quizá Camila era la menor.

—¿Qué recuerdas haber visto? —preguntó Ana.

—Trenzas. Una chompa azul. Cargando agua.

—Antes de ver la inscripción, ¿qué recordabas?

Yolanda dobló el trapo que tenía en la mano.

—A la familia.

—¿El nombre?

—Me volvió.

—¿La chompa?

Yolanda miró hacia el pasaje.

—Había muchas chompas azules.

Ana anotó la respuesta sin corregirla. Un recuerdo podía ser sincero y estar alterado al mismo tiempo.

El sobre de Elena había dado una pista. En el reverso de una fotografía, el sello de un estudio llevaba el nombre Cárdenas. Elena creía que una mujer apellidada Flores había sido prima de los inquilinos. Esos eran los nombres que Ana y Teresa habían llevado de vuelta al colegio. La línea que al fin encontraron, en el padrón de 1988, estaba escrita en tinta azul pálida: *Cárdenas Flores, Camila*. La columna de edad indicaba catorce años. El domicilio del apoderado decía El Alto, sin calle. Las marcas de asistencia terminaban después de varios meses.

Era una prueba de una chica, no una prueba de la pared.

Ana pidió permiso para fotografiar la línea. Registró la tapa del padrón, el número de página, su estado y las entradas contiguas. No tomó una imagen de la página completa hasta que el empleado ocultó notas de identificación actuales añadidas después con otra letra.

De regreso en la casa, Elena reconoció el apellido solo después de oírlo de Ana.

—Sí. Cárdenas. Eran ellos.

—¿Lo recordabas antes de hoy?

Elena apretó la boca.

—No.

—Entonces escribiré que el registro provocó el reconocimiento.
—Escribe también que puedo estar equivocada.

Ana levantó la mirada.
—Lo haré.

Elena sacó de debajo de unas sábanas dobladas una lata de galletas. Dentro había recibos, estampitas, fotos carné de parientes y copias que se curvaban hacia la emulsión. Una mostraba la antigua escalera exterior. Una adolescente estaba de espaldas a la cámara, con un recipiente pequeño en cada mano. Llevaba el pelo amarrado, no trenzado. El sol aplanaba la pared donde más tarde aparecería la inscripción, pero la resolución no alcanzaba para revelar escritura.

Al reverso, alguien había escrito con lapicero: *Camila, 1989*.

La tinta era mucho más reciente que la copia.
—¿Quién escribió esto? —preguntó Ana.
—Yo. Cuando ordené las fotos.
—¿Cuándo fue?
—Después de que nació Joaquín. Quizá antes.

Ana puso una escala junto a la escritura y la fotografió.
—¿Cómo sabías que era Camila?
—Alguien me lo dijo.
—¿Quién?

Elena miró la imagen más tiempo que antes.
—No sé.

La chica de la foto cargaba quizá tres litros en cada mano. Tenía los hombros a la misma altura. Un pie había alcanzado el siguiente escalón. Hacía un trabajo que miles de niños y adultos habían hecho sin dejar detrás ningún misterio.

Camila pidió ver la foto junto a la pared antigua. Ana aceptó con la condición de que permaneciera dentro de la funda transparente. En el descanso buscaron el mismo ángulo. La escalera antigua era más angosta y estaba abierta al cielo. Una puerta visible detrás de la chica ahora quedaba bloqueada por los muebles de la cocina. El borde inferior de la pared fotografiada desaparecía justo donde la capa actual seguía firme.
—Si se diera vuelta, ¿sabríamos quién es? —preguntó Camila.
—Quizá por el rostro. Quizá no, después de tantos años.
—No se parece a mí.
—No se ve lo suficiente para comparar.
—Yolanda dijo que tengo sus ojos.

Ana sostuvo la imagen al lado de la pared actual, no encima.
—Yolanda tampoco puede ver sus ojos acá.

Camila se apoyó en la baranda.
—¿La gente recuerda más cuando se equivoca o cuando tiene razón?

—En ambos casos. La seguridad no mide bien la precisión.
—Qué inconveniente.
—Mucho.

Devolvieron la fotografía a la cocina. Camila no pidió una copia.

Ana trazó un vínculo provisional: el padrón establecía que Camila Cárdenas Flores estaba en El Alto en 1988; la memoria familiar situaba al grupo Cárdenas en la casa o muy cerca; la anotación posterior identificaba a la chica de la foto como Camila; la imagen mostraba a una adolescente cargando agua por la antigua escalera. Cada enlace era plausible. Ninguno cerraba por sí solo la cadena.

Antes de aceptarla, probó una alternativa. Camila Cárdenas Flores podía haber vivido en otra parte de El Alto. La chica de la fotografía podía ser una prima con otro nombre. La inscripción podía dirigirse a una visitante sin relación con ninguna de las dos. Ninguna posibilidad contradecía las pruebas; solo exigía más coincidencias o más personas sin nombre.

Ana las escribió en el margen en vez de borrarlas. La explicación más sólida no era la única imaginable. Era la que daba cuenta de más material con menos pasos sin sustento.

Teresa leyó la nota y golpeó la última línea con el dedo.
—Sabes que nadie va a repetir esta parte.
—Por eso tiene que quedarse en el expediente.
—Van a repetir «otra Camila».
—Probablemente.

Teresa levantó una ceja ante la palabra, pero la dejó.

La tarde siguiente, Camila regresó del colegio mientras Ana volvía a fotografiar la copia, esta vez con el reverso junto a sus notas.
—¿Esa es ella?
—Podría ser.
—Su nombre está atrás.
—Tu abuela lo escribió años después.
—Pero hay un registro del colegio.
—De una Camila Cárdenas Flores en El Alto.
—Son muchas Camilas.
—Es una Camila y varios datos.

Camila se inclinó sobre la fotografía sin tocarla.
—¿Qué edad tenía?
—Unos catorce años.
—¿Adónde se fue?
—La asistencia termina. Puede significar que se mudó, cambió de colegio, empezó a trabajar, se enfermó o que el registro continúa en otro lugar. No sabemos.
—En internet dicen que murió.

—No hay prueba de eso.
—¿Puedes probar que no?

Ana la miró a los ojos.

—No. Pero no convertimos una ausencia en una muerte solo porque produce una historia más fuerte.

Camila pareció aliviada y molesta a la vez.

—Entonces, ¿qué puedes probar?
—La escritura es antigua. Una chica con el mismo nombre vivió en El Alto durante el periodo correcto. Probablemente se alojó en esta casa o muy cerca. Subir agua por estos escalones era una tarea común. Una nota que se lo pidiera también habría sido común.
—Probablemente.
—Sí.

Ana le mostró la nota de trabajo: *Camila anterior plausible. Autor de la nota desconocido. Identificación de la persona fotografiada no confirmada de manera independiente.*

Camila la leyó dos veces.

—Suena menos interesante.
—Es más exacto.
—No es lo mismo.
—No.

Encontraron una fotografía más en la lata. Mostraba la escalera desde abajo, después de que colocaran el techo de calamina. No había personas. Dos recipientes estaban en el descanso superior. Al reverso, escrito con un lápiz más antiguo, decía: *Ella lo subía.*

No había ningún nombre.

Pie provisional 3 · Escalera exterior, hacia 1989. Identidad de la adolescente sin confirmar.

CAPÍTULO 5

Lo que recuerda la gente

La Camila antigua no reemplazó a la actual. Le dio a la gente otra razón para decir el nombre.

En el colegio, la frase se convirtió en saludo. Los alumnos la redujeron a *sube*, que podía parecer inofensivo si uno no lo oía veinte veces. Un chico dejó una botella vacía sobre la carpeta de Camila. Alguien cambió su nombre en un chat a *Camila del Agua* y lo devolvió antes de que lo viera una profesora.

Las bromas no eran brutales. Eso hacía más difícil protestar sin que le dijeran que no era nada.

Camila empezó a responder de manera literal.

—Sube el agua —dijo una chica cerca de la escalera.

—Tienes un caño al lado.

—Lo dijo la pared.

—La pared se equivocó de Camila.

—Quizá son las dos.

Camila miró la botella llena de la chica.

—Entonces no has entendido el corte.

La chica se rio, pero con menos seguridad que al principio.

La secretaria retiró la imagen compuesta de un grupo de padres y recordó a las familias que no debían circular fotos de estudiantes. Una profesora habló con dos salones. Al final de la semana, la atención oficial había reducido el número de bromas y aumentado la cantidad de personas que conocían la historia.

Camila almorzó con Lucía detrás de la biblioteca, donde un muro de contención cortaba el viento. Lucía peló una naranja y la dividió sin preguntar.

—Mi tía ya no cree que la chica se ahogó.

—Qué suerte para la chica.

—Ahora dice que la familia se fue a Trujillo.

—¿Lo recuerda?

—Alguien lo dijo en el grupo.

Camila quitó una hebra blanca de su gajo.

—Entonces recuerda haberlo leído.

Lucía pareció avergonzada.

—Yo no publiqué la foto.

—Ya sé.
—Sí se la mostré a mi hermana.
Camila esperó.
—La borré.
—Eso no borra de mi cabeza a todos mirándome.

Lucía aceptó la respuesta. Comieron el resto de la naranja sin hablar de la pared. El silencio no era cómodo, pero les pertenecía a las dos y no a un grupo.

En la clase siguiente, Camila tuvo que llevar una bandeja con vasos de agua desde la oficina hasta una reunión en un salón. La secretaria estiró la mano, recordó el rumor y la dejó suspendida.
—Puedo llevarla yo.
—Son seis vasos.
—El pasillo está lleno.
—También estaba lleno el mes pasado.
La secretaria bajó la mano.
—Entonces, con las dos manos.

Camila llevó la bandeja con ambas manos. Al entrar, las conversaciones bajaron y luego se reanudaron con demasiado entusiasmo. El agua se movió dentro de los vasos sin derramarse. Dejó la bandeja sobre el escritorio y quiso preguntar si todos estaban satisfechos. En vez de hacerlo, volvió a su asiento.

La tarea duró menos de un minuto. El resto del día recordó la mano suspendida de la secretaria.

En la casa, Maribel estableció reglas.

Joaquín no debía fotografiar la pared. La puerta del descanso tenía que permanecer cerrada si no había nadie en la cocina. Camila no podía cargar los bidones grandes. Había que revisar el nivel del tanque del techo por la mañana y por la noche. La tapa del depósito inferior debía mantenerse cerrada. Si la bomba hacía un ruido raro, Camila tenía que llamar a un adulto y no investigar.
—Ya he revisado la bomba antes —dijo Camila.
—Ahora no hace falta.
—¿Por la válvula?
—Porque yo lo digo.
—Eso no es una pieza de la bomba.
Maribel anotó el nivel del tanque en un cuaderno.
—¿Quieres discutir o llegar tarde?
—Son horarios diferentes.
Elena ocultó una sonrisa detrás de la taza.

Las reglas de Maribel eran razonables de una en una. Juntas colocaban a Camila en el centro de un diagrama que nadie había dibujado. Cuando una

vecina le pidió ayuda para subir un recipiente de diez litros a un escalón, Maribel respondió desde la casa que Camila estaba ocupada. Cuando llegaron compras, le dio a Camila el pan y entregó la bolsa pesada a Joaquín, que tuvo que abrazarla con los dos brazos y chocó contra el marco.

Camila empezó a notar las sustituciones. Maribel pidió a Elena que trajera el balde de limpieza del cuarto inferior, aunque le dolía la rodilla al bajar. Mandó dos veces a Joaquín por botellas que apenas podía sostener. Cuando llamó Óscar, Maribel informó los niveles de agua, pero no mencionó que había reorganizado la casa alrededor de un solo verbo.

Camila probó el límite sin decidir hacerlo. Levantó la batea de ropa hasta el borde. Maribel le quitó las prendas mojadas y las llevó al techo. Camila llenó una olla y avanzó tres pasos hacia el cuarto superior. Maribel preguntó adónde iba.

—Donde Elena.

—Déjala. Yo la llevo.

—Ella me pidió a mí.

—He dicho que yo la llevo.

El agua tembló contra el borde mientras se miraban. Camila dejó la olla con más cuidado del necesario.

Maribel se la llevó. Sobre la mesa quedaron unas gotas perfectamente normales e imposibles de no interpretar.

Más tarde, mientras guardaban las compras que faltaban, Camila vio que Joaquín se sobaba la muñeca que había golpeado contra el marco.

—Esto es una tontería.

—Él puede cargar una bolsa.

—Yo también.

—Esa no.

—Ayer podía.

Maribel puso dos latas en un estante.

—Ayer nadie estaba mirando.

Las palabras salieron antes de que pudiera cambiarlas.

Camila miró hacia el descanso.

—La pared no mira.

—Ya sé.

—Entonces, ¿quién?

Maribel apiló la segunda lata sobre la primera.

—La gente.

La gente llegaba con recuerdos. Yolanda ahora recordaba que la otra Camila cantaba mientras cargaba agua. El señor Benites recordaba que la familia se había marchado después de discutir por el alquiler, aunque al principio había dicho que venían por trabajo temporal. Una mujer de dos

pasajes más arriba advirtió a Maribel que no quitara la inscripción hasta que hubiera «terminado». No supo explicar qué significaba terminar.

Hernán cubrió la escritura con papel transpirable mientras esperaban que secara por completo. El papel formó un rectángulo pálido sobre la pared. Después de una noche fría, la humedad oscureció un borde.

Elena lo vio primero.

—Está pasando.

Hernán tocó el papel.

—El soporte antiguo sigue húmedo.

—Solo junto al nombre —dijo Maribel.

—Junto a la tubería reparada.

Retiró el papel, revisó la superficie con un medidor pequeño y marcó tres lecturas. La más alta estaba cerca de la antigua fuga. La escritura no había cambiado.

—El secado no es una línea recta —dijo—. A esta esquina le llega menos aire.

Maribel fotografió las mediciones.

Esa noche, Camila despertó antes de que arrancara la bomba.

Se quedó acostada esperando el clic del relé. El motor se encendió encima de la cocina y una vibración baja entró por la pared. El agua avanzó por la tubería con una serie de golpes suaves. El sonido llevaba años formando parte de la casa. Ahora, cada arranque parecía preguntar si el tanque del techo había estado vacío, si quedaba suficiente en el depósito inferior, si alguien tendría que subir un recipiente.

Contó cuarenta segundos y se obligó a parar.

Por la mañana no se lo contó a nadie.

Ana volvió para hablar con Maribel y Camila juntas. Trajo copias impresas de las fotografías y un breve resumen de fuentes. La primera línea decía: *Probable instrucción doméstica asociada al antiguo acceso exterior y al abastecimiento intermitente de agua.*

—Probable —leyó Joaquín—. Eso significa que no sabes.

—Significa que la evidencia lo sustenta y no lo demuestra.

—Todos saben que era la Camila antigua.

—Que todos repitan una explicación no crea otra fuente.

Maribel preguntó si ayudarían más entrevistas.

Ana dejó el lapicero junto a los papeles.

—No entrevistas abiertas. Cada pregunta nueva está cambiando lo que dice la gente. Oyen el nombre y después buscan dentro de su memoria. Ya tenemos suficiente para describir la posibilidad.

—¿Entonces paras?

—Dejo de preguntar por el barrio. Puedo seguir revisando documentos.

—¿Y si alguien recuerda algo importante? —preguntó Elena.

—Puede venir a contarlo. Pero registraré cuándo oyó la historia actual.

Camila estudió el resumen. Tenía cuatro títulos: objeto, fotografía, registro, testimonio. Su propio nombre aparecía solo en el contexto del hogar actual.

—No pusiste lo que piensa la gente.

—Sí lo puse. Lo llamé interpretación.

En la segunda página, Ana había escrito: *La menor actual Camila Huamán Córdova no es una fuente para la autoría ni para el sentido original de la inscripción.*

Camila leyó la frase en voz alta.

Maribel se sentó.

—Nadie dijo que lo fueras.

—Siguen preguntándome qué va a pasar.

—¿Quiénes? —preguntó Ana.

Camila nombró a dos vecinos y tres alumnos. No mencionó que por las noches había empezado a hacerse la misma pregunta.

Ana miró a Maribel.

—Protegerla no puede significar tratarla como si ella fuera el riesgo.

La expresión de Maribel cambió apenas.

—No estoy haciendo eso.

Nadie respondió con suficiente rapidez.

Después de que Ana se fue, Maribel lavó las tazas. Camila las secó porque detenerse habría hecho más grande la conversación.

—Ella ve una hora acá —dijo Maribel.

—Ve la pared.

—No ve lo que pasa cuando la gente habla. Si ahora te resbalas con un recipiente, se convierte en la historia. Si te toman una foto, se convierte en la historia. Si no pasa nada, esperan la próxima vez.

—¿Entonces no puedo hacer nada que encaje con una frase?

—Por un tiempo, ten cuidado.

—Eso no es una cantidad de tiempo.

Maribel puso una taza en el escurridor.

—Hasta que pierdan el interés.

—No lo van a perder si tú sigues actuando como si te interesara.

La taza chocó con otra. Maribel la giró para alinear las asas y no respondió.

Durante dos días intentó relajar las reglas. Camila llevó una bolsa de ropa al techo. Llenó la jarra pequeña de la cocina. Nadie la detuvo. El esfuerzo era visible en la forma en que no la detenían.

En el techo, Camila colgó las prendas en la cuerda interior, donde el viento no podía lanzarlas contra el tanque. La carcasa de la bomba estaba junto a la plataforma, con la tapa de inspección atornillada. Apoyó la palma. El metal estaba frío. No vibraba.

Desde abajo alguien dijo su nombre. Retiró la mano antes de contestar.

Era Joaquín, que preguntaba dónde estaban los ganchos. Camila le dijo que junto a su pie.

—¿Por qué tocas la bomba?

—No la estaba tocando.

Él miró la carcasa y después a ella.

—Sí la tocabas.

—Revisaba si estaba prendida.

—Mamá dijo que no.

—Mamá dice muchas cosas ahora.

Joaquín recogió los ganchos.

—¿Crees que se va a detener cuando falte el agua?

—Las bombas se detienen por razones técnicas.

—Eso no es un no.

Camila le quitó la canasta.

—Baja.

Cuando se fue, esperó que arrancara el motor. No ocurrió. Terminó de colgar la ropa más rápido de lo necesario y bajó con la canasta vacía.

La tercera noche, la bomba trabajó más tiempo de lo normal. Maribel revisó el depósito inferior, luego el indicador del techo y después la válvula. Camila estaba en la puerta.

—¿Ayudo?

—No.

—Dijiste que…

—Con esto no.

El motor se detuvo. Una tubería dio un golpe.

No había pasado nada, pero Maribel miró las manos de Camila como si pudiera encontrar algo en ellas.

Más tarde, Camila llevó una jarra de cerámica vacía del descanso a la cocina. No era un recipiente para agua; Elena la usaba para flores cuando había flores. A mitad de camino vio que Joaquín la observaba.

Puso la jarra detrás del frutero.

—¿Por qué ahí? —preguntó él.

—Entra.

No entraba. La dejó de todos modos, solo para que nadie notara que ella la había mirado.

CAPÍTULO 6

La ventana de agua

El aviso apareció primero como fotografía en tres grupos del barrio. Al mediodía, una copia impresa estaba pegada junto al mostrador del pan en Centro y otra en el poste de concreto del último pasaje para vehículos debajo de El Alto.

El logotipo de la Municipalidad había salido mal en la copia. La información no.

Un mantenimiento programado interrumpiría el servicio en varios sectores después de una ventana limitada de abastecimiento el jueves por la noche. El Alto recibiría agua entre las diez y la medianoche, sujeta a la presión disponible. Se recomendaba a las familias guardar una cantidad suficiente y mantener cerradas las válvulas durante el corte.

Maribel leyó dos veces el aviso.

—Llenamos el depósito de abajo antes de las diez. Bombeamos al techo mientras haya presión. Cuatro recipientes tapados en la cocina.

—Ya tenemos tres —dijo Camila.

—El cuarto es para lavar.

—Dijiste suficiente, no un asedio.

—Dije cuatro.

En la casa, Maribel revisó tapas, lavó dos recipientes y anotó las capacidades en el mismo cuaderno de los gastos. Su preocupación se manifestaba como aritmética. Para beber: tantos litros. Para cocinar: tantos. Para lavar: menos, si hacía falta. Elena aportó un balde con el asa rajada y protestó cuando Maribel lo rechazó.

—Guarda agua.

—Hasta que alguien lo levanta.

—Entonces que no lo levante.

Joaquín preguntó si Camila podía levantar alguno. Maribel le ordenó enjuagar el bidón azul pequeño.

Óscar llegó esa tarde con polvo en los zapatos y una bolsa de uniones que había comprado fuera de la ciudad porque costaban menos. Abrazó a Camila, alzó a Joaquín lo bastante para que protestara y fue directo al descanso.

Hasta entonces solo había visto la inscripción por video. En persona la leyó una vez y se agachó a examinar los cortes alrededor del soporte de la tubería.

—Es más pequeña que en la foto.
—En el grupo todo se vuelve más grande —respondió Camila.

Óscar se quitó la gorra y se frotó la franja húmeda que le había dejado en la frente.
—Tu mamá dice que el colegio está difícil.
—El colegio es el colegio. La gente está difícil.
—¿Quieres que hable con alguien?
—No quiero más adultos hablando con todos.

Aceptó la respuesta. Su trabajo lo mantenía lejos de la repetición diaria. Por eso tenía menos miedo y servía menos. Camila no lo culpaba por ninguna de las dos cosas, pero las veía.

Óscar tomó un lápiz de la bolsa de Hernán y dibujó un esquema sobre un cartón: depósito inferior, bomba, válvula de retención, tanque del techo, línea por gravedad. Marcó cada parte para Joaquín, que insistió en que ya las conocía y luego confundió el flotador con el relé.
—Cuando cortan el servicio, las palabras no importan —dijo Óscar—. Estos niveles importan.

Camila miró el dibujo.
—Mamá lo sabe.
—Saber y preocuparse usan partes diferentes de la cabeza.
—¿Cuál estás usando tú?

Él sonrió.
—La parte que compró una unión de tamaño equivocado porque confió en un señor del mostrador.

Levantó la pieza. En efecto era demasiado grande. El error hacía que el mundo técnico pareciera menos una defensa que él pudiera entregarles sin más.
—La reparación está limpia —dijo.

Hernán, que había venido a revisar el secado, asintió.
—El codo era el problema.

Óscar examinó la línea superior, el cable de la bomba y el interruptor de flotador del tanque. Camila lo siguió al techo porque nadie le había dicho de manera explícita que no lo hiciera.

El tanque negro estaba sobre una plataforma de concreto encima de los cuartos nuevos. La garúa plateaba la tapa curva. Desde ahí, El Alto descendía en techos, escaleras angostas, latas con plantas y líneas de ropa húmeda. Abajo, Centro era un conjunto pálido de rectángulos. El mar era una franja más clara que podía ser cielo.

Óscar retiró el mecanismo del flotador. Un residuo mineral había formado una banda áspera en el brazo.
—Se traba acá.
—¿Puedes cambiarlo? —preguntó Camila.

—Hoy no. Puedo limpiarlo y probarlo.
—¿Va a llenar?
—Debería.

Ella lo miró.

—Esa es la respuesta sincera —dijo él—. Vigilamos el nivel mientras bombeamos.

Desde abajo, Maribel gritó que el servicio había empezado temprano en el pasaje inferior. Óscar armó de nuevo la válvula y mandó a Camila a abrir despacio el caño de la cocina. Ella obedeció, contenta por la normalidad de la instrucción.

Primero salió aire. El caño tosió, soltó un chorro marrón y después corrió claro. Maribel llenó el depósito inferior por la entrada con malla. Joaquín cronometró un balde con el reloj de la cocina y anunció un caudal que nadie le había pedido.

Durante una hora, la familia funcionó como un sistema pequeño. Las válvulas se abrían y cerraban. Las tapas cambiaban de lugar. Óscar escuchaba la carcasa de la bomba con una mano apoyada. Maribel asignaba recipientes. Elena lavó el balde rajado y lo destinó solo a la limpieza, lo que permitió que las dos tuvieran razón.

Camila llevó el bidón azul desde el caño hasta la pared de la cocina.

Maribel la observó.

—Tiene cinco litros —dijo Camila.
—Ya sé.
—No estoy en la escalera.

Maribel volvió al depósito.

—Cierra bien la tapa.

Las palabras del descanso seguían cubiertas con papel. Nadie las mencionó. El silencio tenía bordes.

Ana llegó poco antes de las nueve con copias de dos antiguos esquemas de servicio. Uno mostraba una conexión inferior que alimentaba un cilindro junto a la escalera exterior. El otro, dibujado años después, incluía la línea de la bomba, pero no el tanque del techo.

—*Sube el agua* era una expresión práctica —dijo en la mesa—. Llevarla arriba, elevarla, bombearla. La acción exacta depende del año.

Óscar siguió la línea antigua con el dedo.

—Antes de la bomba, recipientes. Después de la bomba, interruptor.
—La escritura parece pertenecer al primer periodo —dijo Ana.
—Entonces era para la otra chica.
—Probablemente.

Maribel cerró el cuaderno.

—Siempre conservas esa palabra.
—Porque quien escribió no firmó.

—Ahí está el nombre.
—Puede estar la destinataria. No está el autor.

A Camila le gustaba que Ana pudiera volver más estrecha una frase prestando atención a la gramática.

Ana le entregó el resumen con una línea nueva: una instrucción doméstica dirigida a Camila Cárdenas Flores era la explicación más sólida. No la llamó la respuesta.

El documento incluía una reproducción del padrón escolar, con los nombres vecinos ocultos, y una versión pequeña de la foto histórica. Camila comparó los recipientes antiguos con el bidón azul junto a la pared moderna. Las formas eran distintas; la postura necesaria para cargarlos no.
—¿Tenía que hacerlo todos los días?
—Los documentos no lo dicen.
—Elena dice que todos cargaban agua.
—Ese es un recuerdo general. Sustenta el contexto, no un horario.
—¿Y si la frase estaba escrita con cólera?

Ana miró las mayúsculas en la fotografía.
—La forma de las letras no permite conocer el tono con seguridad.
—Parece una orden.
—Gramaticalmente es una instrucción. Puede haber sido un recordatorio, una tarea o algo escrito durante un corte. No sabemos si quien la escribió estaba molesto.

Camila imaginó a la otra chica llegando al descanso con las dos manos ocupadas y encontrando su nombre ya escrito. El pasado pareció menos misterioso y menos amable. Cerró el resumen.
—No hagas triste su vida solo porque el registro es breve —dijo Ana.
—No lo hacía.
—Bien.

Camila sospechó que Ana también se lo había dicho a sí misma.
—Deberías sentirte mejor —dijo Joaquín, después de leer por encima de su hombro.
—¿Por qué?
—Porque no era para ti.
—La gente lo sabe y sigue mirándome.

Él frunció el ceño.
—Entonces lo están haciendo mal.
—Díselo.
—Puedo hacerlo.
—Eso no fue permiso.

La bomba arrancó a las nueve y media. Óscar estaba en el techo, Maribel junto al depósito inferior y Joaquín en la escalera retransmitiendo

porcentajes a gritos como si la casa fuera un barco. Camila se quedó en la cocina con Ana. La tubería vibraba al pasar por la pared antigua.

A mitad del ciclo entró aire en la línea y subió el tono del motor. Óscar apagó la bomba y pidió una taza. Camila se la llevó al techo. Él abrió el tornillo de purga y dejó salir el aire atrapado en ráfagas húmedas mientras ella sostenía la taza debajo de la carcasa. Maribel no protestó cuando Camila volvió a bajarla al lavadero.

—Una bomba puede sonar mal sin estar malograda —dijo Óscar.

—Eso se aplica a muchas cosas —respondió Ana.

Cuando volvió la presión, Hernán revisó la unión. El codo seguía seco. Escribió la hora junto al antiguo límite de lápiz de Maribel, convirtiendo otra vez la pared en un registro de mantenimiento.

—Se siente a través del tarrajeo —dijo Camila.

Ana puso dos dedos en la superficie nueva, lejos de la inscripción.

—Sí.

—¿Eso podría hacer que las letras volvieran a pasar?

—La vibración puede abrir capas débiles. La humedad puede mover pigmentos y sales. Pero la escritura apareció porque el tarrajeo de encima se soltó cerca de la fuga.

—Eso no pregunté.

Ana retiró la mano.

—¿Las condiciones podrían revelarla otra vez después de la reparación? Es posible. Un conservador o el maestro de obra respondería mejor.

—No dices «no» muy seguido.

—Lo digo cuando sé que es no.

A las diez y cuarto, el indicador del tanque se trabó en tres cuartos. Óscar golpeó la carcasa del flotador y subió una marca. Hernán dijo que debían cambiar el brazo antes del siguiente mantenimiento. Óscar anotó el número de pieza.

Lo probaron vaciando dos baldes por el caño de arriba. El indicador bajó tarde y luego saltó. Óscar subió de nuevo y movió el flotador a mano mientras Maribel observaba el dial.

—La mitad —gritó ella.

—Acá está por encima de la mitad.

—El indicador marca la mitad.

—Entonces sirve solo si te gusta que te engañen.

Hernán volvió a limpiar el punto de contacto. El flotador se movió bien dos veces y se trabó en la tercera.

—Puede cerrar antes de tiempo —dijo—. La bomba se detiene antes de llenar el tanque. También puede abrir tarde, pero eso se vería en el rebose. Cámbienlo.

Maribel dibujó un recuadro alrededor del número.

Camila vio cómo el agua usada para la prueba terminaba en la batea de ropa y no en el desagüe. En la casa no se desperdiciaba nada solo para demostrar que un aparato fallaba. Más tarde, Elena la usó para lavar el descanso.

El sistema parecía funcionar cuando Ana se fue. En la puerta, dobló el aviso municipal y lo guardó en una funda transparente.

—¿Para tu expediente? —preguntó Maribel.

—Como contexto. La fecha puede importar para la secuencia.

Joaquín miró a Camila.

—¿Ves?

—Es un aviso —dijo Ana—. No un pronóstico.

Después de la medianoche, se cortó el servicio de la calle. Del caño de la cocina salió un hilo cada vez más delgado y luego aire. El depósito inferior estaba lleno. Había tres recipientes tapados contra la pared; el cuarto, el bidón azul, estaba casi lleno. El indicador del techo mostraba suficiente para la noche.

Maribel revisó cada tapa.

—Ahora dormimos —dijo Óscar.

—Revisa el flotador por la mañana.

—Por la mañana.

Joaquín llevó el balde vacío que había usado para medir hacia el descanso.

—Déjalo —dijo Camila.

—Está vacío.

—Eso no ha detenido a nadie.

Él lo dejó.

—Puedo demostrar que la pared no decide nada.

Camila se volvió hacia él.

—No demuestres cosas con agua.

—¿Por qué?

—Porque después hay que limpiar.

Joaquín sonrió, pero mantuvo la vista sobre la inscripción cubierta.

El aviso impreso seguía en la mesa. La última línea pedía a los vecinos, con letras sencillas, mantener suficiente agua disponible.

Pie provisional 4 · Aviso municipal de interrupción del servicio de agua.

CAPÍTULO 7

Cuando falte

El primer día del corte transcurrió según el cuaderno.

Antes de ir al colegio, Camila comparó el indicador del techo con el registro de Maribel. La marca había bajado más de lo que explicaban los usos anotados. Estuvo a punto de no decir nada; entonces vio la pared cubierta en un borde de su campo visual y le molestó la posibilidad de que cualquier observación suya sonara como una anticipación.

Se lo dijo de todos modos.

—Está por debajo de la mitad. Anotaste tres cuartos.

Maribel revisó el dial.

—Tu papá dijo que se traba.

—Entonces hay que mirar el tanque.

Subieron juntas. La tapa estaba fría y resbalosa. Maribel la levantó mientras Camila sostenía una linterna. La superficie del agua estaba bastante más abajo de lo esperado.

—El flotador cerró antes de tiempo —dijo Camila.

—Probablemente.

Era la palabra de Ana en la voz de Maribel.

Marcaron con tiza el nivel real por fuera del tanque y calcularon cuánto quedaba. Aun con el llenado incompleto, alcanzaba si el corte terminaba según lo previsto. La aritmética tranquilizó a Camila. Maribel añadió otra restricción al cuaderno.

—No conviertas esto en otra razón para que yo no toque el agua.

Maribel siguió escribiendo.

—Lo estoy convirtiendo en litros.

Esa mañana, Camila le creyó.

Usaron el agua del techo para los caños y la almacenada para beber. Maribel redujo el flujo de la cocina con la válvula. Óscar cambió un sello gastado y se fue después del almuerzo, porque su horario de trabajo no se movía con el del agua. Prometió traer el mecanismo nuevo del flotador la próxima vez.

Esa mañana, en el colegio, menos alumnos habían usado la frase. Un chico había preguntado si la casa ya se había quedado seca. Ella había dicho que no. Él había parecido decepcionado por las tuberías competentes.

Cuando Camila volvió, el indicador del techo había bajado otra marca.

—Se está gastando lo que calculamos para esta noche —dijo Maribel.

—Empezamos debajo de la mitad —dijo Camila.
—Tu papá lo soltó.
—Después de que dejara de llenar.

Maribel revisó los caños. Ninguno goteaba. Subió al techo y abrió la tapa. El nivel real coincidía con el indicador.
—Tenemos suficiente hasta mañana —dijo al regresar.
—¿Y si el servicio se demora? —preguntó Elena.
—Usamos lo que está guardado.

El plan todavía funcionaba. Eso no la tranquilizó.

Camila pasó la tarde terminando una tarea de Ciencia en la mesa de la cocina. Debía describir un sistema de retroalimentación. Eligió el flotador de un tanque y luego cambió a la temperatura corporal porque escribir sobre la bomba le pareció dejar entrar la pared en su tarea.

Joaquín estaba enfrente, preparando una funda de papel para sus lápices. Había dibujado la casa en corte, con el depósito inferior abajo y el tanque negro encima. Una figura junto a la escalera sostenía un cuadrado azul.

Camila tocó el dibujo.
—¿Quién es?
—Nadie.
—Nadie tiene mi pelo.

Él borró la figura hasta dejar una sombra gris.
—¿Por qué la dibujaste?
—Porque la escalera se veía vacía.
—Una escalera puede estar vacía.

Joaquín dio vuelta al papel. En el reverso escribió su nombre con mayúsculas y lo tachó.
—No tienes que arreglar todo lo que empezaste —dijo Camila.
—Mamá dice que sí.
—Habla de los desórdenes.
—Esto es un desorden.

Camila volvió al sistema de retroalimentación. Escribió que un control podía generar inestabilidad si respondía a la señal equivocada. La frase parecía prestada de la casa, así que también la tachó.

Al anochecer se cortó la electricidad en la parte alta de El Alto. La refrigeradora se detuvo. La luz de la cocina se apagó. Un segundo después, los celulares iluminaron varios cuartos.

Afuera, la gente se gritaba de descanso en descanso para saber hasta dónde llegaba el apagón. Centro seguía encendido debajo de la neblina. Un grupo de casas alrededor de la escalera de Camila quedó oscuro; más al norte continuaban las luces.
—¿La llave? —preguntó Joaquín.
—El barrio —dijo Maribel.

La bomba no podía funcionar, pero no hacía falta. El tanque del techo todavía alimentaba la casa por gravedad. Maribel cerró la válvula del lavadero y dejó una linterna junto al caño de la cocina.

Durante veinte minutos, el apagón casi pareció social. Se abrieron puertas en los pasajes. Alguien más abajo puso música en un celular. Un vecino gritó preguntando si toda la escalera estaba sin luz, y Joaquín contestó antes que Maribel. Pequeños haces blancos cruzaron entre los techos.

Camila miró por la ventana superior. Sin electricidad, los niveles de El Alto se distinguían mejor. Centro brillaba abajo, aparentemente plano y bien abastecido. Las casas por encima de la suya estaban más oscuras porque la pendiente ocultaba los postes que seguían encendidos. El agua y la electricidad llegaban al cerro de forma desigual, y la gente se adaptaba por incrementos: un tanque, una lámpara con batería, un cable desviado alrededor de una pared.

Joaquín hizo sombras en el techo hasta que Elena le dijo que una parecía un pollo muerto. La convirtió en perro. Por unos minutos, la inscripción fue solo un rectángulo cubierto junto a un balde.

Maribel advirtió que nadie debía tocar el interruptor de la bomba cuando volviera la luz.

—Está apagado —dijo Camila.

—Lo digo para todos.

—Me estás mirando a mí.

Maribel dirigió la linterna hacia Joaquín.

—Nadie.

La energía volvió después de cuarenta minutos. La refrigeradora arrancó, las luces parpadearon y el relé hizo clic. El motor emitió un zumbido bajo, pero no giró.

Maribel llegó al interruptor antes que nadie. Cortó la corriente y esperó con una mano todavía sobre la caja. De la carcasa salió un olor leve a caliente, no más fuerte que polvo tibio. Camila trajo del estante el esquema de cartón de Óscar.

—Protección por bajo voltaje —dijo, señalando el relé.

—O el condensador —respondió Maribel.

Las dos sabían lo suficiente para no abrir una carcasa con tensión. Eso debía volver sencillo el momento. En cambio, los ojos de Maribel pasaron de la bomba quieta a la escalera, midiendo la distancia que el agua tendría que recorrer a mano.

Camila dobló el cartón hasta ocultar la ruta dibujada.

Óscar contestó en la segunda llamada. Maribel describió el sonido.

—Apágala —dijo—. Puede haberse activado la protección.

—¿Puedo rearmarla?

—Hoy no. No hace falta si queda agua arriba.

Maribel repitió la instrucción mientras desconectaba el circuito. Su voz convirtió *no hace falta* en una amenaza para quien pudiera hacer que sí hiciera falta.

A las nueve, el caño de la cocina había perdido fuerza. Elena lavó las verduras con un chorro mayor del previsto. Joaquín admitió que había descargado el baño dos veces porque se olvidó. Nada era una crisis. El tanque simplemente tenía menos agua de la esperada y no podía llenarse desde abajo hasta rearmar la bomba.

—Podemos subir un recipiente si hace falta —dijo Camila.

Maribel la miró con dureza.

—Tú no.

—Dije podemos.

—Nadie va a cargar agua de noche.

—Entonces, ¿para qué son los recipientes?

—Para la mañana.

—El agua pesa igual por la mañana.

—Con luz, la escalera está seca.

Camila miró el descanso. La garúa había humedecido el tramo superior abierto, aunque casi todos los escalones estaban bajo techos y aleros.

—Ahora están mojados porque el aire está húmedo. Mañana pueden seguir iguales.

—Camila.

—¿Qué?

—No vas a subir agua por esa escalera.

Ahí estaba: no el flotador, no el apagón, no la visibilidad. Su nombre y la dirección.

—Si la pared dijera Joaquín, ¿él podría?

—Esto no tiene que ver con la pared.

—Entonces deja de obedecerla.

Maribel dejó el cuaderno.

—Soy tu madre.

—Por eso deberías mirarme a mí y no una frase.

Maribel avanzó hasta la pared antigua y estiró una esquina del papel.

—Estoy mirando todo lo que puede salir mal.

—No se lo prohibiste a Joaquín.

—Tiene nueve años.

—Exactamente.

Joaquín seguía en la puerta.

—Puedo cargar cinco litros.

Las dos se volvieron hacia él.

—No vas a cargar nada —dijo Maribel.

—Entonces es igual.

—Esto no es una competencia.
—Se volvió una competencia cuando le diste las compras pesadas —dijo Camila.

Maribel cerró los ojos un instante. El apagón había dejado el cuarto demasiado tibio y la luz de regreso era dura.
—Basta. Tenemos agua. Nadie sube esta noche con un recipiente.

La regla ahora incluía a los dos niños. No quedó menos vinculada con Camila.

Elena ordenó a Joaquín que fuera a su cuarto. No se movió hasta que lo dijo por segunda vez.

Maribel bajó la voz.
—La gente ya convirtió una foto normal en una historia. Si tú subes agua esta noche…
—No tienen por qué enterarse.
—¿Crees que eso todavía importa?

Camila no respondió. Su madre por fin había nombrado la maquinaria alrededor de la pared. No era sobrenatural. Eran los vecinos, los celulares, las advertencias y el miedo a proporcionar la imagen que todos esperaban.
—Hoy no se sube agua —dijo Maribel—. Usen lo que hay. Si se acaba, esperamos.

La regla era derrochadora, poco práctica y había sido dictada para protegerla. Camila odiaba las tres cosas juntas.

Fue a su cuarto y cerró la puerta.

Joaquín estaba sentado en el piso junto a su cama cuando ella pasó. La linterna pequeña en su mano estaba apagada.
—¿Escuchaste?
—Todos escucharon.
—No hagas nada.
—No iba a hacer nada.
—Dijiste que querías demostrarlo.
—Eso fue antes.
—¿Antes de qué?

Joaquín raspó con la uña el interruptor de goma.
—Antes de que Mamá lo volviera real.

Camila quiso decirle que su madre no había vuelto real la pared. En vez de eso, dijo:
—Duérmete.

La casa se aquietó despacio. Elena usó la última agua de la batea del baño de arriba. Maribel revisó el indicador desde la escalera y no subió al tanque. Las tuberías dieron dos golpes huecos al cambiar la presión. El viento levantó un borde de metal en algún lugar sobre el pasaje vecino.

Camila seguía despierta.

Se imaginó los recipientes en la cocina, en el orden en que Maribel los había dejado: el agua para beber cerca de la cocina, la de lavar debajo del lavadero, el bidón azul junto a la puerta. Antes había visto a Joaquín girar el asa. Él la había soltado apenas notó que ella lo miraba.

Abajo sonó la puerta de un aparador. Camila esperó el ruido de una taza sobre la mesa. En cambio oyó un chorrito que se interrumpía y volvía a caer. Alguien tomando agua, pensó. Apartó la sábana de los pies. Con la puerta cerrada, el cuarto estaba demasiado caliente; abierta, la dejaba demasiado expuesta. Junto a la cama, la mochila seguía apoyada en la silla, exactamente donde la había puesto.

Los sonidos eran comunes. Los nombró para sí: tubería, puerta, viento, refrigeradora, Joaquín dándose vuelta. Ponerles nombre no la hizo dormir.

Cerca de la medianoche, unos pasos cruzaron el descanso inferior. Plástico liviano golpeó el concreto.

Camila se sentó.

Después vino el silencio. Luego un raspado, una pausa y otro raspado un escalón más arriba.

Abrió la puerta. El pasillo estaba oscuro. La puerta de Maribel seguía cerrada.

Desde la escalera llegó la respiración cuidadosa de alguien que levantaba más peso del que había admitido poder cargar.

CAPÍTULO 8

Los últimos escalones

•

Camila encontró la cocina vacía y el bidón azul había desaparecido.

La tapa del depósito inferior estaba torcida. A un lado, en el piso, había quedado la taza de plástico que Joaquín usó para pasar la última parte del agua. No había podido levantar el bidón lleno, así que debía haberlo llenado por etapas. La preparación volvía su acto más deliberado y más infantil al mismo tiempo.

Camila siguió una línea de gotas hasta la escalera. En cada contrahuella, las marcas se juntaban donde Joaquín había descansado. Había llevado el recipiente más lejos de lo que ella entendió al principio. El último tramo era solo el lugar donde su fuerza dejó de coincidir con la superficie húmeda.

La puerta de la escalera superior estaba abierta. La garúa había dejado un brillo opaco sobre los bordes expuestos. La luz del celular encontró la baranda, la tubería reparada y el rectángulo cubierto en la pared antigua. El papel no se movía.

Desde arriba llegó un grito corto y el golpe duro del plástico.

—¿Joaquín?

No respondió.

Camila subió. En el primer giro vio el bidón apoyado contra la pared. La tapa se había aflojado y del cuello salía un hilo de agua. Dos escalones más arriba, Joaquín estaba sentado de lado con una pierna doblada debajo. Mantenía la mano izquierda separada del concreto.

La linterna seguía prendida junto al borde exterior. El haz mostraba la huella mojada de una suela y luego media huella donde el pie había girado. El bidón golpeó la pared con suficiente fuerza para dejar una raspadura azul sobre el concreto gris.

Camila puso el celular en el escalón de arriba para que alumbrara hacia abajo sin cegarlo. Le revisó la nuca porque Maribel siempre hacía eso después de una caída. El pelo estaba húmedo por la garúa, pero no encontró hinchazón.

—¿Te golpeaste la cabeza?

—No.

—¿Te desmayaste?

—¿Cómo sabría?

—Estarías confundido.

—No estoy confundido.
—Cargaste agua en la oscuridad para discutir con un tarrajeo.
—Eso fue antes de caerme.

La respuesta era tan exactamente Joaquín que Camila creyó que no se había golpeado la cabeza.
—No te muevas.
—Puedo moverme.
—Entonces no lo hagas.

Había sangre en la palma y debajo de un hueco en la tela de la rodilla. No mucha. La suficiente para que su miedo dejara la pared y pasara a su hermano, donde correspondía.

Llamó a Maribel.

Abajo se abrió la puerta del dormitorio. Una luz golpeó el descanso inferior y luego subió mientras Maribel corría.
—¿Qué pasó?
—Se resbaló.
—No —dijo Joaquín—. Se movió el bidón.
—Porque lo soltaste —dijo Camila.

Maribel llegó hasta ellos y se agachó en el escalón inferior.
—¿Cabeza?
—No.
—¿Espalda?
—No.
—Muéstrame la mano.

La raspadura cruzaba la base de la palma. La rodilla estaba peor, pero seguía siendo superficial. Maribel le revisó las pupilas con la luz, preguntó si estaba mareado y le hizo mover ambos tobillos. Joaquín soportó el examen hasta que tocó la rodilla y soltó el aire entre los dientes.
—¿Por qué cargabas agua?
—El caño de arriba casi no daba.
—Eso no responde.
—Quería demostrar que no era Camila.

Por un segundo, ninguno miró la pared de abajo. No hacía falta.

El rostro de Maribel cambió. Miró la mano raspada de Joaquín, luego el bidón pequeño y los escalones húmedos. Camila esperó. Su madre abrió la boca, la cerró y acercó un poco más al niño sin tocarle la rodilla lastimada.
—¿Puedes pararte?

Joaquín asintió.

Camila le tomó el brazo derecho. Maribel lo sostuvo desde abajo. Se levantó sobre la pierna sana y probó la otra.
—Duele.
—¿Puedes apoyarla?

—Sí.

Lo ayudaron hasta el descanso superior, donde Elena había aparecido en bata con el botiquín. Ahí estaban el baño y el cuarto que usaban para comer y guardar cosas. Del caño salía apenas un hilo.

—Siéntate —ordenó Elena.

Maribel llevó a Joaquín hasta una silla.

—Camila, deja el bidón.

El agua seguía escapando más abajo. La tapa se había enganchado contra la pared. Si el recipiente quedaba acostado, perderían lo que restaba y añadirían más agua a la escalera.

—Está botando agua.

—Déjalo.

—Mamá.

—Yo voy por él.

Joaquín sujetó la manga de Maribel mientras Elena abría un paquete de gasa. Ahora que estaba sentado, el rostro del niño se había puesto pálido.

Camila bajó.

Nadie se lo ordenó. No salió ninguna voz de la pared. La inscripción cubierta quedaba debajo del descanso, fuera de la vista desde el giro superior.

Puso derecho el bidón. Quedaban unos cinco litros. El agua había vuelto resbalosa el asa. Ajustó la tapa, se secó la palma en el polo y lo levantó.

El recipiente azul se había comprado para cortes comunes. La capacidad estaba moldeada en la base. El asa se doblaba un poco con el peso; Óscar había envuelto el centro con cinta, que ahora se despegaba por un extremo. Camila la presionó con el pulgar.

Podía vaciar el agua, subir el envase y volver a llenarlo después. Eso dejaría el piso superior sin esa reserva y derramaría más sobre los escalones mojados. Podía esperar a Maribel, pero Joaquín necesitaba a su madre y a Elena le temblaban las manos al limpiar heridas. La decisión razonable era evidente.

Camila odiaba que también fuera la decisión que todos habían temido.

Cinco litros no era mucho. Pesaban más al final de un brazo extendido que junto al cuerpo, así que sostuvo el bidón cerca de la pierna derecha. Ya había cargado un peso parecido. El primer escalón exigió cuidado porque el agua lo cubría. El siguiente estaba seco en el centro.

Arriba, Elena le dijo a Joaquín que dejara de mirar su rodilla mientras la limpiaba. Él protestó que la limpieza dolía más que la caída. Maribel dijo su nombre con una voz que contenía cólera, alivio y el esfuerzo de no dirigir ninguno hacia Camila.

Camila subió un escalón.

El borde de plástico le tocó la canilla. El agua se movió adentro y cambió el peso después de que su pie ya había avanzado. Se detuvo, ajustó el agarre y tomó el siguiente.

La frase coincidía ahora con la acción. Era un hecho del lenguaje, no una fuerza. Ella se llamaba Camila. Subía el agua porque su hermano se había caído y el bidón estaba perdiéndola. Si todos se hubieran comportado de otra manera, el hecho no existiría.

Los últimos tres escalones eran más estrechos. Puso los pies cerca de la pared, donde el concreto era más áspero. Su respiración sonaba fuerte en la escalera. No miró la escritura cubierta.

En el penúltimo escalón, el agua se desplazó con fuerza. La muñeca giró y el bidón tocó la contrahuella. En vez de corregir el movimiento, se detuvo. Dejó el recipiente, pasó la mano izquierda debajo de la base y volvió a levantar con ambos brazos.

El ajuste no tenía nada dramático. Era lo que hacía cualquiera con una carga incómoda. Sin embargo, arriba Maribel contuvo el aire.

—No —dijo Camila sin mirarla.

—¿No qué?

—No hagas ese ruido.

Maribel guardó silencio.

Se acercó al borde superior.

—Dámelo.

—Quédate con él.

—Camila…

—Lo tengo.

Lo dijo sin desafío. Describía la distribución más segura.

Maribel permaneció donde estaba, con las manos vacías y medio levantadas. Camila las miró al dar el último paso. Su madre bajó una hasta el hombro de Joaquín. La otra quedó abierta un momento más.

Camila lo dejó derecho junto a la puerta del baño.

No ocurrió nada después.

Durante unos segundos, esa ausencia casi resultó decepcionante. Camila se había preparado contra un sonido, un movimiento, una reacción en los rostros. El cuarto sin cambios dejó solo la rodilla raspada de Joaquín y el peso abandonando su brazo.

Comprendió que el momento temido podía pasar y aun así dejar trabajo. No había ocurrido nada sobrenatural. La familia de todos modos la había asustado, limitado y enviado a un niño de nueve años a la oscuridad con un bidón. Las causas comunes no volvían imaginarias las consecuencias.

La bomba no arrancó. La pared cubierta no cambió. Ninguna tubería escondida soltó agua. El viento empujó la garúa contra la ventana superior y, muy abajo, sonó un mototaxi en el último pasaje.

Maribel revisó la hora por costumbre. No era una hora repetida ni un número que alguien hubiera anunciado, solo doce minutos después de la medianoche. Puso el celular boca abajo sin registrarla.

Camila lo vio y agradeció. Una hora exacta podía convertirse en otro gancho si alguien lo deseaba. El hecho no necesitaba un minuto preciso para que lo entendieran quienes lo habían creado.

Elena vertió un poco de agua almacenada en una batea y terminó de limpiar la palma de Joaquín. Él había empezado a llorar en silencio, más por vergüenza que por dolor.

—Eres un idiota —le dijo Camila.

—Ya sé.

—Eso es nuevo.

—No me hagas reír.

Maribel se arrodilló para revisar la rodilla. Decidió que no hacía falta un viaje de emergencia, pero llamó a la línea de orientación de salud. La enfermera preguntó por golpes en la cabeza, pérdida de conciencia, hinchazón y si Joaquín podía caminar. Maribel contestó todo con exactitud.

Después tuvieron que volver al trabajo práctico. Elena sostuvo la linterna mientras Maribel pegaba la gasa. Camila secó la escalera desde arriba, dejando la sección inferior para la mañana porque Maribel no permitiría que ninguno de los dos niños volviera a bajar. El bidón azul quedó dentro del baño con el agua restante.

—Necesitábamos eso acá arriba —dijo Joaquín desde la silla.

—No conviertas tu error en algo útil —respondió Maribel.

Él bajó la vista.

Camila exprimió el trapo dentro de la batea. El polvo rosado del concreto raspado enturbió el agua. No era sangre. La distinción importaba aunque nadie hubiera dicho lo contrario.

Maribel por fin miró la mano de Camila en lugar del recipiente.

—¿Te lastimaste?

—No.

—¿La muñeca?

—No.

Camila movió los dedos. El asa había dejado una línea roja que desaparecería antes de la mañana.

—Te dije que lo dejaras —dijo Maribel, pero las palabras perdieron autoridad antes de llegar al final.

—Estaba derramándose en la escalera.

—Ya sé.

—Y él te necesitaba.

—Ya sé.

Joaquín dijo:

—No debía pasar así.

Camila se volvió.

—No había ninguna forma en que debiera pasar.

Él apretó los labios mientras Elena aseguraba la gasa.

Desde abajo llegó una sola gota golpeando el balde bajo la línea reparada. Hernán lo había dejado como precaución, aunque la tubería estaba seca. Se había reunido condensación por fuera y había caído. Nadie fue a revisar la pared.

Camila se paró junto al bidón y aflojó la tapa. Elena le acercó una taza. Sirvió despacio, sin llegar al borde, y un poco de agua bajó por la boca del recipiente hasta la marca roja de su mano.

Era fresca y común.

Pie provisional 5 · Bidón azul en la escalera húmeda después de la caída.

CAPÍTULO 9

Ninguna señal

Por la mañana, la rodilla de Joaquín se había hinchado lo suficiente para que la raspadura pareciera más importante de lo que era.

Habían pasado el resto de la noche en el cuarto superior. Maribel trajo frazadas y el colchón plegable; Elena rechazó el colchón porque bajar era fácil y levantarse exigía una negociación. Joaquín le ofreció su cama, pero descubrió que moverse al otro cuarto le hacía doler la rodilla. Lo resolvieron juntando dos sillas para que apoyara la pierna y dejando a Elena donde quería estar.

Camila recordaba la franja de luz bajo la puerta. Su madre la había dejado entreabierta, con la lámpara de pilas hacia la pared. Una vez, la voz de Óscar llegó bajito desde el celular. Maribel empezó por la raspadura y las indicaciones de la enfermera. Cuando él pidió hablar con Joaquín, le acercó el teléfono sin decirle qué debía contestar.

—Me caí —dijo Joaquín.

—Ya me contaron. ¿Cómo está la rodilla?

—Arde.

—Va a arder un rato.

No hubo sermón. Camila lo había esperado y se quedó muy quieta. En cambio, su padre preguntó si habían secado el agua de la escalera. Maribel dijo que sí. Preguntó si la corriente de la bomba estaba cortada. Sí. Después quiso saber quién necesitaba dormir.

—Todos —dijo Elena, lo bastante fuerte para que la oyera por el celular.

Luego Camila escuchó los pequeños acomodos de personas que intentaban no despertarse entre sí: una silla levantada por el asiento en vez de arrastrada, una taza que alguien alcanzó antes de que tocara el piso, Joaquín pidiendo que dejaran la lámpara prendida. Ninguno de esos sonidos necesitaba que ella se levantara. En algún momento dejó de esperar el siguiente.

Camila despertó rígida por el colchón y encontró a Maribel en el descanso superior. Ya había secado los escalones, apartado el bidón y colocado una silla sobre la zona lisa para que nadie la pisara antes de que llegara Hernán.

—Debiste despertarme.

—¿Para qué?

—Para ayudar.

Maribel miró el trapo en su mano.

—Estabas durmiendo.

Era una respuesta común. Camila esperó la prohibición escondida y no encontró ninguna.

Bajaron las frazadas juntas. Maribel sostuvo el montón grande lo bastante bajo para ver los escalones; Camila llevó el pequeño y usó la baranda. Ninguna comentó la división.

Después del desayuno, Maribel llevó a Joaquín al puesto de salud. Una enfermera volvió a limpiar la abrasión, revisó el movimiento de la articulación y puso una gasa más grande. No había fractura, corte profundo ni motivo para que faltara al colegio más de ese día.

—¿Puedo decir que me caí salvando el agua? —preguntó Joaquín de regreso.

—Puedes decir que desobedeciste a tu madre y soltaste un bidón —respondió Maribel.

—Eso es más largo.

—La precisión suele serlo.

Camila oyó a Ana en la última frase y casi sonrió.

La electricidad estaba estable. Por videollamada, Óscar guio a Maribel para rearmar la bomba. Cuando el motor arrancó, elevó agua del depósito inferior al techo sin ceremonia. El flotador hizo clic tarde, pero funcionó. Óscar repitió que lo cambiaría.

Hernán revisó los escalones. Encontró humedad del agua derramada, una zona más lisa donde la sandalia de Joaquín había perdido agarre y ninguna fuga nueva.

—Hay que volver áspero este escalón —dijo—. Lo dejaron demasiado liso cuando hicieron el tramo de arriba.

Maribel preguntó si la caída se podía haber evitado.

—Con concreto seco, dos manos libres, luz de día, menos peso o una superficie mejor. Elige varias.

No mencionó nombres.

Ana llegó antes del mediodía. Camila le había mandado un mensaje por la noche: *Pasó, pero no como creen.* Ana respondió que vendría por la mañana y que no hacían falta fotografías.

Se sentaron en la cocina mientras Joaquín apoyaba la pierna en otra silla. Maribel describió la secuencia con horas y acciones. Camila corrigió dos detalles: había oído el raspado antes del grito y el bidón contenía unos cinco litros después del derrame, no antes. Joaquín admitió que planeó el intento después de la discusión.

También admitió que eligió el recipiente más pequeño porque era el único que podía mover sin pedir ayuda. Lo llenó con una taza para que el depósito inferior no hiciera un ruido hueco. Cada detalle retiraba azar de su decisión y dejaba accidental la caída.

—¿Pensaste en despertarme? —preguntó Camila.
—Me habrías detenido.
—Correcto.
—Pensé que podía volver antes de que alguien supiera.
—Eso no demuestra nada.

Joaquín miró a Ana.

—¿No?
—Solo habría demostrado que cargaste un bidón sin que te vieran.

Pareció ofendido por lo pequeño del resultado. Después pidió disculpas a Camila sin que nadie se lo indicara. Las palabras fueron rápidas y avergonzadas, pero eran suyas.

—Quería demostrar que la pared no podía obligar a Camila.

Ana preguntó:

—¿Qué esperabas que ocurriera si tú lo cargabas?
—Nada.
—¿Y si lo hacía Camila?

Miró la mano vendada.

—Nada. Pero todos iban a decirlo.
—Entonces intentaste impedir la historia.
—Intenté volverla equivocada.
—Organizando la misma situación con otra persona —dijo Camila.

Joaquín se recostó.

—De noche sonaba mejor.

Ana escribió solo después de que terminara. En el registro usó la expresión *expectativa autogenerada* y la definió enseguida mediante la secuencia de la casa: circulación de la inscripción, aumento de vigilancia, prohibición, reacción, caída, respuesta práctica. No diagnosticó a nadie.

—Esto no prueba que la escritura predijera nada —dijo—. Muestra que conocer la frase influyó en las decisiones durante el corte.

Maribel frotó una marca de la mesa con el pulgar.

—Lo supe mientras ella subía.

Camila miró a su madre.

Los ojos de Maribel estaban cansados.

—Intentaba evitar que te convirtieras en la foto que todos querían. Convertí cada recipiente de la casa en algo sobre ti.
—Me convertiste a mí en algo sobre la frase.

La corrección cayó sin volumen.

Maribel asintió una vez.

—Sí.

No pidió disculpas por revisar los tanques, reparar la tubería ni prohibir que los niños cargaran agua en escalones mojados. Pidió disculpas por mirar

a Camila como si la siguiente acción común pudiera convertirse en una prueba.

—Perdóname —dijo—. No por cuidarte. Por convertirte en aquello contra lo que te estaba cuidando.

Camila había preparado respuestas furiosas para explicaciones. La disculpa no les dejó lugar.

—No quiero fotos. Ni en la escalera ni junto a la pared. Y no quiero que me pregunten qué creo que va a pasar.

—Está bien.

—No solo tú.

Maribel tomó el celular y escribió un mensaje para los grupos de la familia y el barrio. Camila lo leyó antes de que lo enviara. Decía que Joaquín se había resbalado mientras cargaba un recipiente durante el corte, que tenía raspaduras leves y que no querían imágenes ni especulaciones sobre ninguno de los dos. No repetía la inscripción.

—Mándalo —dijo Camila.

El interés no desapareció. Yolanda llegó con sopa y empezó:

—Así que al final…

—Al final Joaquín se cayó —dijo Maribel.

—Pero Camila cargó…

—Ayudó a su hermano.

Yolanda miró hacia el descanso.

—Claro.

La conversación pasó a volver áspero el escalón y al precio de un nuevo interruptor. Los detalles prácticos mataban de hambre a la historia con más eficacia que una negación.

Otras versiones ya habían escapado. Un mensaje decía que Camila había subido veinte litros desde la calle. Otro afirmaba que la pared se humedeció en el mismo instante. Un tercero eliminaba a Joaquín por completo.

Maribel mostró los mensajes a Ana, no a Camila. Camila los vio de todos modos cuando un primo mandó una captura con la pregunta *¿esto es verdad?*

Respondió: *No. Cinco litros. Los últimos escalones. Joaquín se resbaló. No pasó nada en la pared.*

El primo escribió: *igual es raro.*

Camila redactó tres respuestas y las borró. Al final mandó: *Solo si quitas el motivo.*

Ana añadió las variantes a una nota de circulación sin conservar los nombres de quienes las habían repetido. Cada versión aumentaba el peso, alargaba la escalera y eliminaba la causa práctica. Los cambios eran casi demasiado limpios como ejemplo de un rumor. No se sentían limpios para la familia que estaba dentro.

Al día siguiente, un alumno preguntó si la pared había ganado. Camila dejó la mochila.
—¿Qué ganó?
—Subiste el agua.
—Después de que mi hermano se cayera porque quiso demostrarle algo a una pared.
—A eso me refiero.
—Entonces la pared hizo menos que tú.

El alumno no encontró respuesta antes de que entrara la profesora.

En el almuerzo, Lucía se sentó junto a Camila sin mencionar a su tía. Le pasó la mitad de un pan.
—¿Quieres saber? —preguntó Camila.
—Solo si quieres contarlo.

Camila describió el raspado del plástico, la huella mojada, los cinco litros y a Maribel sosteniendo a Joaquín mientras ella levantaba el bidón. Omitió el momento en que las manos de su madre se alzaron hacia ella. Todavía estaba demasiado cerca para explicarlo.
—¿Tuviste miedo? —preguntó Lucía.
—Cuando él gritó.
—¿No cuando lo cargaste?

Camila pensó en mentir.
—Tuve miedo de que todos creyeran que significaba algo.
—¿Significaba algo?
—Que mi hermano es un idiota.

Lucía sonrió.
—Eso ya se sabía.

La broma era lo bastante común para conservarla.

De regreso al salón, pasaron por la escalera donde los chicos habían levantado baldes imaginarios. Nadie repitió el gesto. Uno preguntó por Joaquín y aceptó la respuesta *bien* sin añadir la pared.

Camila notó que el alivio llegaba mediante omisiones. Una conversación podía terminar donde correspondía. Una persona podía mirarla y ver solo la siguiente clase. Eran pequeños regresos, desiguales y fáciles de perder, pero no necesitaban anuncio.

* * *

Ana cerró las entrevistas del barrio. Conservó a la Camila anterior como identificación probable y no buscó por todo el país a Camila Cárdenas Flores. Una adolescente con una línea escolar incompleta no era un caso sin resolver. Era una persona cuyos registros posteriores no estaban en el archivo local.

Redactó una nota ética para el folder restringido. La pregunta histórica no justificaba localizar a una adulta que no había elegido participar, sobre todo cuando la evidencia no sugería delito, desaparición ni peligro. Encontrarla podía satisfacer a quienes leían la historia alrededor de la pared. También podía entregar a una desconocida la carga que la Camila actual intentaba dejar.

Ana registró la decisión como un límite, no como un fracaso.

* * *

Hernán vino a medir la pared para la reparación. Camila se quedó en la cocina hasta que Ana preguntó si quería decidir algo sobre la superficie.

La familia consideró tres opciones: dejar la escritura visible detrás de un vidrio, cubrirla con un panel desmontable o reparar por completo. Ana explicó las consecuencias de conservación sin recomendar ninguna. Hernán dijo que un vidrio sobre una pared doméstica atraparía humedad si no estaba bien resuelto y además habría que limpiarlo. Joaquín prefirió el vidrio. Elena preguntó quién lo limpiaría. Joaquín cambió al panel.

Maribel dijo que podían dejarla visible si Camila quería conservar un registro en la casa.

—El registro está en el expediente de Ana.

—Tal vez quieras verla después.

—Entonces miro las fotos.

—Es tu nombre.

—Precisamente por eso no se queda con la pared.

Nadie votó después. La decisión de Camila no se trató como una preferencia entre varias.

Hernán fijó el trabajo para la tarde siguiente. Ana le mostró a Camila el pequeño sobre vacío destinado a un fragmento de tarrajeo suelto. No iban a recortar ninguna letra para llenarlo.

—Si eligieras el nombre, la gente diría que lo guardaste a propósito —dijo Camila.

—Si lo eligiera, tendría razón —respondió Ana.

Hernán explicó el trabajo a Maribel: mezcla compatible, nada de sellos densos sobre humedad residual, tiempo entre capas. Necesitaba el descanso despejado. Elena preguntó si la puerta de la cocina podía quedarse abierta. Sí podía. Acomodaron el trabajo entre el almuerzo y la tarea de Joaquín, y Hernán apuntó las medidas detrás de un recibo viejo.

—Cúbrela —dijo Camila.

—¿Toda?

—Para eso sirve una pared.

A la mañana siguiente, Camila salió al colegio solo con la mochila. En el escalón cuarenta, nadie intentó quitársela.

CAPÍTULO 10

Lo que guardó la pared

•

La documentación final de Ana tomó más tiempo que la reparación.

Empezó con una lista de tomas para que la familia no tuviera que mantener despejado el descanso todo el día. Vista general desde la cocina. Vista desde la escalera superior. Unión de la tubería. Límite del daño. Secuencia de capas. Inscripción por segmentos con escala. Inscripción sin escala. Lecturas de humedad ambiental. Ubicación del fragmento antes de retirarlo.

Camila leyó la lista.

—Tienes más fotos de esta pared que nosotros de Joaquín.

—La pared se queda quieta.

—Él también cuando quiere un celular.

Joaquín, que escuchaba desde la cocina, protestó que no era verdad. El intercambio alivió el trabajo sin volver menos preciso el registro.

Ana fotografió la pared bajo la luz difusa de la mañana y después con una lámpara lateral. Midió la zona expuesta, dibujó el límite de cada capa conservada y ubicó el codo de PVC reparado respecto de la mancha. Hernán identificó los materiales cuando podía y se negó a nombrarlos cuando no.

—Base de cal y cemento —dijo, tocando la superficie antigua—. Una capa aguada encima. Luego otra capa fina. El verde puede ser acrílico, pero no voy a mandar pintura a un laboratorio para que escribas una palabra más bonita.

—Escribiría «no analizado» —dijo Ana.

—Por eso te dejo estar acá.

Explicó a Maribel y Camila el movimiento de sales, la humedad residual y la migración de pigmentos. El agua podía llevar material soluble hacia una superficie en secado. Los espesores distintos secaban a velocidades diferentes. El pigmento azul antiguo podía manchar el acabado si no se aislaba bien.

—¿Puedes garantizar que no se va a notar? —preguntó Maribel.

—Puedo usar el material correcto. La pared todavía puede tener opiniones sobre la humedad.

Camila lo miró.

—Opiniones materiales —añadió—. No habla.

Ana retiró una muestra de un borde que ya estaba desprendido por la limpieza. Contenía parte de una línea azul vertical, sin nada legible. La

guardó en un sobre de papel y escribió ubicación, fecha, orientación y nombres de quienes estaban presentes. Maribel y Camila firmaron la entrega.
—¿Por qué guardarla? —preguntó Camila.
—Para que el registro no sean solo fotografías. Si más adelante alguien necesita identificar el pigmento o el tarrajeo, hay una muestra.
—¿Alguien lo hará?
—Probablemente no.
—Otra vez tu palabra.
Ana sonrió.
—Funciona en las dos direcciones.

Hernán retiró solo el material inestable. Aplicó una base compatible, esperó y volvió para el acabado. La primera capa convirtió la frase en una sombra azul, después gris y por último en nada. Camila lo vio desde la cocina mientras hacía tareas. No sintió alivio cuando desapareció. El alivio habría sugerido que las letras podían quedarse contra su voluntad.

Mientras secaba, la pared se veía peor antes de quedar terminada. Manchas oscuras seguían la llana. La escritura aparecía cada vez que la capa nueva se mojaba y desaparecía al aclararse la superficie. Joaquín revisó dos veces e informó los cambios hasta que Camila le pidió que parara.

Hernán no aplicó una capa blanca y densa para esconder el pigmento rápido. Dejó respirar la base, regresó al día siguiente y corrigió un pequeño hueco en la esquina. Una buena reparación exigía tolerar un aspecto incompleto. Para Camila eso era más fácil que tolerar la frase expuesta, porque nadie trataba las manchas húmedas como instrucciones.

Ana fotografió cada etapa solo desde las posiciones acordadas. La secuencia mostraba el ocultamiento como trabajo de construcción y no como ritual: brocha, mezcla, llana, secado, acabado.

La reparación devolvió el descanso al uso. El trapeador regresó a su esquina. Elena puso la jarra de cerámica sobre el borde con dos ramas de romero. Maribel llevó abajo los recipientes de reserva. Joaquín no podía usar la escalera superior sin sujetarse de la baranda hasta que sanara la rodilla, una regla dirigida a su lesión y no a una historia.

En la siguiente visita, Óscar instaló el flotador nuevo. Camila le alcanzó una llave y leyó el nivel mientras él ajustaba el brazo. Maribel observó desde la puerta del techo y no dijo nada.

El repuesto brillaba más que todas las uniones cercanas. Óscar escribió la fecha de instalación dentro de la tapa de acceso, donde la encontraría el siguiente mantenimiento. Pidió a Camila que añadiera el modelo porque su letra era más pequeña.
—Ahora la casa tiene otro mensaje —dijo Joaquín.
—Este incluye fecha y número de pieza —respondió Camila.
—Menos misterioso.

—Más útil.

Probaron el corte tres veces. En el último ciclo, Maribel dejó el techo antes de que se detuviera el motor. La confianza no volvió como una declaración; apareció como una revisión menos.

—Abre la válvula de abajo —dijo Óscar a Camila.

Ella obedeció. La bomba llenó el tanque y el interruptor nuevo detuvo el motor a la altura correcta.

—Otra vez.

Bajaron el flotador a mano y repitieron el ciclo. El relé hizo clic, el motor giró y el agua subió por la tubería porque la electricidad impulsaba un rodete. El mecanismo era visible. Su sonido ya no llegaba antes de que Camila pudiera comprenderlo.

En su mesa, Ana armó el expediente de cierre. El resumen distinguía cinco elementos:

La inscripción era materialmente anterior a la Camila actual. La pared había estado en el exterior antes de quedar encerrada. Una Camila Cárdenas Flores había vivido en El Alto durante el periodo probable y podía relacionarse de manera plausible con la casa. Subir agua era una tarea normal. No se podía demostrar quién escribió ni a quién se dirigía con exactitud.

Ana añadió la secuencia del corte sin llamarla cumplimiento. El hecho actual surgió de una interrupción documentada, un tanque que no se llenó por completo, una falla eléctrica breve, una bomba que necesitaba ser rearmada, decisiones familiares influidas por la inscripción y el intento de Joaquín de contradecirla.

La conclusión decía: *Nota doméstica histórica probable; autoría e identificación exactas no establecidas. No existe sustento para atribuir carácter predictivo a la inscripción.*

Debajo añadió una cronología con niveles de confianza. La hora de la fuga y la exposición provenía de fotos de celular. El orden de las capas era observado. La fecha del cierre era aproximada. La identidad de la Camila anterior era probable. La razón por la que solo la Camila actual se volvió centro de atención era social y estaba documentada en mensajes, entrevistas y relatos de la casa.

Ana leyó una vez la cronología al revés. Si un hecho seguía pareciendo inevitable en sentido inverso, revisaba si su redacción había introducido una conclusión. Cambió *llevó a* por *fue seguido por* en dos lugares. Conservó *impulsó* donde Joaquín había descrito de manera explícita su decisión.

Teresa leyó el resumen antes de archivarlo.

—Haces que parezca terminado.

—La pared está reparada. La familia pidió que no hubiera más atención. La pregunta de fuentes es lo bastante estrecha para cerrarla.

—¿Y si aparece la otra Camila?
—Entonces ella decidirá si quiere hablar. No voy a buscar a una mujer por todo el Perú porque una tarea de su infancia sobrevivió bajo el tarrajeo.

Ana guardó el sobre con la muestra, las fotos y el dibujo de capas. El acceso quedó restringido porque el expediente contenía la ubicación de una casa privada e información sobre menores.

* * *

En la casa, el uso normal del agua regresó sin anuncio. Camila lavó una olla. Llevó un recipiente pequeño y tapado desde el cuarto inferior cuando Elena lo necesitó. En la escalera mantuvo una mano libre, porque la caída de Joaquín había demostrado algo útil sobre el concreto mojado.

La primera vez, Maribel estaba en la mesa. El recipiente tenía dos litros para el cuarto de Elena. Camila esperó la orden conocida de dejarlo.

Maribel miró la mano libre sobre la baranda y después la tapa cerrada.
—El tercer escalón sigue más liso.
—Ya sé.
—Está bien.

Camila subió el agua. Nadie la observó desde el descanso. Cuando volvió, Maribel había seguido ordenando recibos en el cuaderno de la casa.

Nadie citó la pared.

La frase no se convirtió en lenguaje prohibido. Cuando Elena necesitaba agua en el cuarto de arriba, pedía exactamente eso y no usaba ningún nombre a menos que se dirigiera a alguien. La familia recuperó los verbos comunes al unirlos con tareas comunes.

Camila lo notó más que nadie. También notó el día en que dejó de notarlo.

Una tarde, un alumno preguntó si el mensaje seguía ahí. Camila dijo que lo habían cubierto. El alumno preguntó si eso estaba permitido.
—Es nuestra cocina —respondió.

La respuesta terminó la conversación.

En la casa, Camila pegó su tarea de Ciencia en un cuaderno. Había vuelto a usar el flotador del tanque como ejemplo. El diagrama mostraba nivel de entrada, movimiento mecánico, interruptor eléctrico y respuesta de la bomba. En el párrafo final escribió que un sistema de control funcionaba solo cuando su señal correspondía a la condición que debía regular.

Pensó en añadir el caso opuesto: personas respondiendo a una señal que no pertenecía al sistema actual. La comparación era lo bastante exacta para tentarla y demasiado personal para entregarla. La dejó fuera.

Joaquín leyó la tarea por encima de su hombro.
—Deberías dibujar el flotador viejo trabándose.
—Es un diagrama, no un retrato.

—Entonces, ¿cómo van a saber por qué falló?

Camila añadió una banda de residuo mineral alrededor del brazo y la rotuló. La falla se volvió visible sin convertirse en misterio. Joaquín asintió y regresó a su propia tarea.

La profesora marcó correcto el diagrama y no preguntó nada sobre la pared.

Hernán hizo una visita final para revisar el acabado y volver áspero el escalón resbaloso. Aplicó una capa delgada de adherencia, marcó la superficie y barrió el polvo. Después observó la pared nueva desde varios ángulos.

Midió la humedad en cuatro puntos y anotó las lecturas en la hoja de cierre de Ana. La zona más cercana a la antigua fuga seguía un poco más alta que el borde opuesto, dentro de lo esperado. Recomendó ventilación y nada de pintura impermeable hasta que secara la base.

Maribel anotó la indicación. Esta vez los números pertenecían a la pared y no a Camila.

—Está secando parejo —dijo Hernán.

Maribel tocó el borde junto a la tubería.

—Frío.

—Toda la casa está fría hoy.

La garúa había escondido el mar y suavizado los techos de abajo. La humedad oscurecía el concreto exterior, pero dejaba pálido el acabado interior.

Cuando Hernán guardó las herramientas, Camila devolvió la jarra con romero a su lugar. Sobre la pared lisa no podía leerse nada.

Pie provisional 6 · Tarrajeo concluido y codo de PVC reemplazado.

EPÍLOGO

Solo el nombre

•

Ana regresó tres semanas después por una firma que faltaba en la autorización de imágenes.

Había postergado la visita dos veces porque la firma era administrativa, no urgente. Durante ese tiempo el expediente de cierre permaneció sin publicar. Había entregado una copia privada a Maribel y depositado el registro restringido en el archivo local de patrimonio y paisaje urbano. Ninguna página web, cartel de exposición ni anuncio público incluía la dirección.

La reserva hizo que la historia se apagara de manera desigual. Las personas cercanas a la familia todavía la conocían. Fuera de El Alto, la foto recortada aparecía de vez en cuando sin contexto, recibía unos comentarios y era reemplazada por curiosidades más nuevas. Ana no corrigió cada copia. Una corrección podía volver a circular lo que la familia quería dejar quieto.

La garúa estaba densa desde la mañana. Las barandas, los tanques y los escalones descubiertos conservaban humedad fina. Al subir desde el último pasaje de vehículos, Ana pasó junto a paredes oscurecidas por sectores según la pintura, la sombra y la edad.

Maribel todavía trabajaba. Elena firmó el documento en la mesa y se quejó de que el lapicero de Ana fallaba en su segundo apellido. Camila terminaba una tarea cerca. La rodilla de Joaquín había sanado dejando una marca rosada, que mostraba solo cuando alguien no preguntaba.

Ana fue al descanso para fotografiar la reparación una última vez.

Al principio vio solo un secado desigual. El tarrajeo nuevo estaba claro cerca de la escalera y más oscuro alrededor de la antigua mancha. Hernán había advertido que la humedad residual podía tardar semanas en equilibrarse.

Entonces cambió de posición.

Seis formas más oscuras cruzaban el acabado. No eran azules ni nítidas. La humedad había formado una diferencia débil de tono que el ojo podía perder al mirar de frente.

CAMILA.

Debajo no aparecía nada. Ni SUBE, ni EL AGUA, ni CUANDO FALTE. Solo el nombre ocupaba la ubicación aproximada de las letras originales.

Ana tomó una foto de toda la pared antes de acercarse. Después puso una escala junto a la zona y usó el mismo lente y la misma serie de exposiciones que antes. No llamó a Camila desde la cocina.

Hernán contestó en la tercera llamada.

—Migración de humedad —dijo después de ver la imagen—. Pigmento, sales, espesor. Los trazos antiguos pueden haber cambiado la adherencia debajo de esa parte.

—¿Solo el nombre?

—Eso muestra tu foto.

—El espesor del acabado era continuo.

—Continuo no significa idéntico. El tarrajeo antiguo tampoco lo es.

Su explicación era plausible. Explicaba cómo una marca oculta podía afectar el secado. No explicaba por qué el efecto se detenía después de seis letras.

Ana comparó las fotografías originales con luz lateral. El nombre no mostraba corte, densidad de pigmento, patrón de grietas ni profundidad distintos de las palabras restantes. Eso no significaba que no hubiera una diferencia. Significaba que sus imágenes no la mostraban.

Añadió las fotos nuevas al registro restringido con una nota: *Decoloración húmeda selectiva sobre el nombre; mecanismo físico probable, límite específico sin explicar.* No reabrió entrevistas ni solicitó retirar muestras de la pared reparada. La familia había cerrado el asunto y una mancha débil no le daba autoridad para abrirlo por ellos.

Antes de guardar la cámara, Ana tomó una foto de control de la superficie vacía contigua con los mismos ajustes. En la pantalla, ambas zonas mostraban variaciones ordinarias. Solo al alternarlas, las letras se reunían en una palabra.

Revisó la tubería reparada. Estaba seca. El medidor dio lecturas parecidas sobre el nombre y sobre las palabras ausentes. El resultado retiraba una explicación fácil sin ofrecer otra.

Ana anotó las lecturas. Un resto pequeño e inexplicable no se volvía mayor porque se midiera con cuidado. Tampoco desaparecía.

Cuando volvió a la cocina, Camila ya había preparado la mochila para una tarde de estudio.

—¿Todo firmado? —preguntó.

—Todo firmado.

Ana guardó la cámara sin mostrarle la imagen nueva.

* * *

Camila se despidió de Elena y empezó a bajar. La mochila llevaba libros, cartuchera y una botella que ella misma había llenado. El peso descansaba parejo sobre ambos hombros.

Arriba, la bomba arrancó. El relé hizo clic, el motor prendió y la tubería entró en su vibración conocida.

Camila conocía ese sonido. No necesitaba su nombre.

Pie provisional 7 · Superficie reparada bajo la garúa. Decoloración húmeda tenue sobre el nombre.